

EL OJO GALACTICO

Ralph Barby

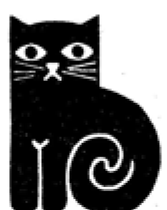
CIENCIA FICCION

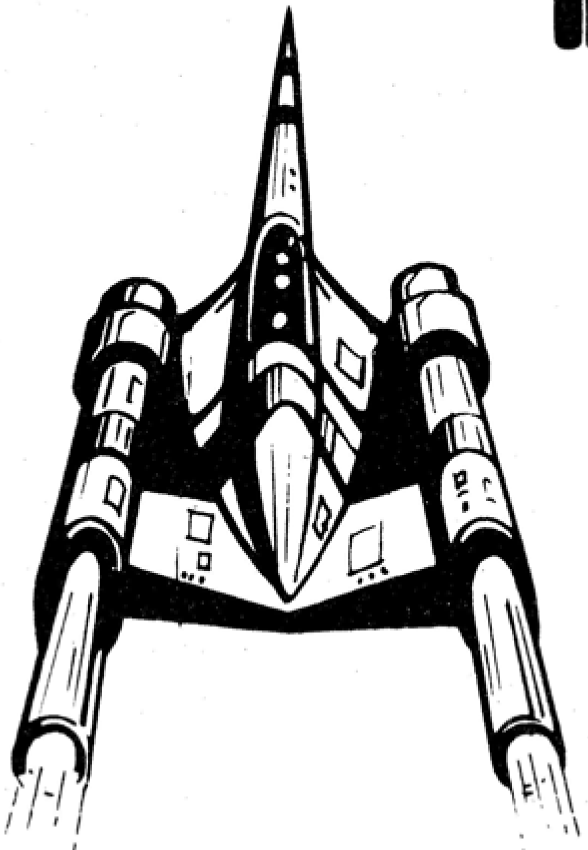


EL OJO GALACTICO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

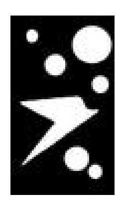
1. — La leyenda de Mark Mirrel, *Clark Carrados*.
2. — Ha muerto Nong-2, *Ralph Barby*.
3. — Los planetoides de Kabarga, *A. Thorkent*.
4. — Fuga en Kil-Edra, *Kelltom McIntire*.
5. — Me enamoré de un robot, *Joseph Berna*.

1.

RALPH BARBY

EL OJO GALÁCTICO

Colección LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. º 557
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal: 4.967 – 1970

Impreso en España – Printed in Spain

1. ª edición en España: abril, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela,

así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, km 21,650) Barcelona – 1981

CAPÍTULO PRIMERO

Piiiiiit...

El pitido apenas era perceptible. Alertado, Alvar Furient alzó su mano izquierda. En el minicomputador polivalente no sólo iba incorporado el reloj, la brújula espacial y una pequeña calculadora con memoria de datos, sino también el emisor-receptor.

—Furient a la escucha.

—Habla Pitroig —dijo una voz metálica, impersonal.

—Furient escucha a Pitroig.

—Todo controlado, todo listo. Fiabilidad motores comprobada.

—Bien, Pitroig. Mantén el control automático total. Dentro de sesenta minutos estaré a bordo de la Mitjanit-14-14.

Alvar Furient cortó la comunicación con su robot biónico y se enfrentó con el supercomisionado Morgan que se hallaba al otro lado de una mesa de supercontrol.

—Sólo tengo sesenta minutos, Morgan.

—Bueno, usted tiene sesenta minutos. Luego llegaremos nosotros en un bus orbital.

—¿Nosotros? —repitió Furient, frunciendo el ceño.

—Sí, se me había olvidado decirle...

—¿El qué?

—Que viajará con nosotros un grupo reducido de recién graduados.

—¿Recién graduados? —a Alvar Furient, un hombre joven todavía pero endurecido por sus viajes interestelares, llevar consigo a unos jovencitos sin experiencia alguna le producía algo más que temor.

—Son cuatro, no tema, no le darán guerra. ¿Dónde mejor que a su lado podrán adquirir la experiencia que les hace falta para ser unos

magníficos cosmonautas en el futuro?

—Hay viajes para que los postgraduados adquieran experiencias.

—Sí, sí, lo sé. Pero eso viene a ser como una segunda escuela convencional cosmonáutica. A ellos les irá mejor algo más… ¿cómo diría? Más vivo, más real, y su misión, Furient, es sumamente interesante. Es la primera vez que la ciencia de la Confederación Terrícola intenta algo tan importante y espectacular, aunque sea secreto por el momento, secreto que dejará de serlo cuando los resultados se hayan conseguido, pero no es bueno que se enteren algunos piratas espaciales, sería muy peligroso ser atacados por ellos.

—Arriba en mi cosmonave tengo a tres especialistas insustituibles y a un super-robot; son más que suficientes para esta misión.

—Los muchachos aprenderán y usted no puede cortarles el camino del aprendizaje.

—¿Sabe bien adonde les lleva? ¿Es consciente de que algo puede fallar y que no nos salvaremos ni usted, ni yo, y por supuesto que ellos tampoco se salvarían si todo reventara?

—Lo sé tan bien como que dos de los postgraduados son mis hijos.

Alvar Furient parpadeó.

—¿Sus hijos, dice?

—Sí, mi hija y mi hijo. Son mellizos y se parecen mucho, salvo la lógica diferencia de sexos.

Alvar suspiró.

—Supongo que sabe usted lo que hace. Después de todo, usted me ha contratado.

—Yo no, el departamento que dirijo y tras el cual hay miles de hombres trabajando, entre ellos muchos científicos que esperan datos de esta misión y algunos de los cuales viajarán próximamente al objetivo y ellos proseguirán la tarea que usted va a comenzar.

—De acuerdo, Morgan, no se hable más, me temo que no podré hacerle desistir. Por cierto, ¿ha oído algo del ojo galáctico?

—¿El ojo galáctico? —repitió Morgan, como sorprendido.

—Sí, eso he dicho.

—Furient, creí que era usted más frío, más escéptico. Aseguran que es usted el cosmonauta interestelar más experimentado que hay en nuestra Confederación y por ello se le ha contratado.

—Está bien, veo que es de los que piensan que la historia del ojo galáctico es un bulo.

—No hay pruebas de que ese ojo galáctico que algunos dicen haber visto sea algo real.

—Hay grabaciones de video que lo muestran.

—Pueden estar trucadas para causar sensación. Todos los aventureros del cosmos que regresan después de mucho tiempo de viajar entre las estrellas tratan de causar sensación para llamar la atención. Algunos explican haber visto monstruos gigantescos y yo qué sé cuántas historias más. No olvide el síndrome de la alucinación cuando la distancia y el tiempo de alejamiento llegan a unas coordenadas insoportables para la mente de algunos cosmonautas. Todos no resisten mucho, usted lo sabe bien, se han dado muchos casos de locura cósmica.

—Mi norma es tener en cuenta todas las historias que se cuentan del espacio. Vale más estar preparado cuando se presentan las sorpresas, máxime cuando en las bodegas de mi cosmonave voy a llevar cien superbombas termonucleares.

—Eso es cierto. Jamás cosmonave alguna ha llevado en su vientre tanto poder destructivo. Cualquier ejército cosmonáutico extraterrestre se sentiría más que feliz poseyendo ese arsenal que va a llevar en su cosmonave.

—¿Me deja hacerle una pregunta, Morgan?

—Sí, cómo no —le dijo, mirándole a través de sus córneas implantadas, reguladoras de 1a visión.

—¿Se da cuenta de que si nos vemos en inminente peligro, las órdenes de sus superiores, que están por encima de su departamento, son las de hacer estallar la cosmonave para que nada de ella sea aprovechable, lo que equivale a decir que todos nos desintegraremos convirtiéndonos en un pequeño sol de vida efímera?

—Sí, sé que mis hijos y yo nos convertiríamos inmediatamente

en energía. Una muerte, después de todo, nada desagradable.

—Si es así, una cosa más...

—¿Será la última?

—En la Mitjanit-14-14 el comandante soy yo. ¿Se da cuenta de lo que significa?

—Usted es el comandante, pero yo soy el mando supremo de la operación, tampoco voy a olvidarlo. Las cien superbombas termonucleares las ha puesto la milicia de la Confederación bajo mi custodia y control.

—Pero usted las ha metido en la barriga de mi cosmonave.

—Furient, usted comandará la cosmonave, pero si hay que tomar decisiones relativas a la operación y no respecto a la cosmonave y a su vida interna, las tomaré yo.

—Usted podrá decir «seguimos» o «regresamos», eso es cierto, pero quien va a manejar la cosmonave soy yo, y no consentiré interferencias.

La Mitjanit-14-14 se hallaba a una distancia de unos veinte mil kilómetros del planeta Tierra, girando alrededor del mismo. A esta distancia se evitaban la mayor parte de los posibles peligros que podía ocasionar una explosión fortuita del terrible cargamento que llevaba en sus bodegas.

Alvar Furient no tenía tiempo de meterse en un club para relajarse un poco de las tensiones que había tenido que soportar antes de que la misión estuviera dispuesta para partir, especialmente por el secreto con que todo se había llevado.

Montó en su polinave lanzadera de reducidas dimensiones y apta para seis personas sentadas y una carga máxima de dos toneladas y despegó proa a las estrellas.

Como carga llevaba consigo efectos personales y algunos rollos de videotape tridimensional para diversiones.

La polinave lanzadera emitió un silbido tenue, dejando tras de sí una luminosa pero límpida estela mientras abajo quedaba la gran metrópoli, capital de la Confederación Terrícola.

Todo era nuevo en ella, no había edificios levantados por debajo del siglo treinta.

Aquella gran metrópoli expresaba muy bien la evolución tecnológica a que había llegado el ser humano terrícola que había tenido que autoimponerse ciertas limitaciones para no llegar a la autodesírucción.

La Mitjanit-14-14 era una cosmonave de tipo gigante con un gran radio de acción, aunque con una pequeña dotación de tripulantes debido a la automatización de todo su funcionamiento.

La cosmonave tenía al robot Pitroig polivalente y de alta fiabilidad y poseía además una serie considerable de robots no humanoides que tenían cometidos específicos para solucionar problemas de averías internas.

Un sistema de dirección automática conducía a la lanzadera hacia la Mitjanit-14-14. Esta macro-cosmonave, como era lógico, no poseía una estructura aerodinámica, ya que no estaba diseñada para traspasar la atmósfera de ningún planeta.

Aquel tipo de cosmonaves eran ensambladas en el propio cosmos donde existían gigantescos hangares de trabajo en los que especialistas e ingenieros trabajaban todo el tiempo metidos en sus trajes de supervivencia.

En realidad, aquellos hangares gigantescos no estaban construidos con un techo para protegerles de posibles lluvias, ya que éstas no se producían fuera de la atmósfera terrestre, pero sí había un macro entramado de vigamen metálico por el que discurrían anclajes, soldadores, material en general y los propios obreros.

La cosmonave se construía íntegramente dentro de ese complicadísimo hangar que más parecía una enorme jaula y una vez terminada, eran soltados los anclajes y empujada fuera de la jaula para recibir el bautismo del cosmos, dispuesta para viajar entre las estrellas.

La polinave lanzadera subió a la plataforma superior de la Mitjanit-14-14. Se posó suavemente y una gran trampa metálica se abrió dejando al descubierto una rampa por la que se introdujo la pequeña nave que pilotaba Alvar Furient.

Una vez se produjeron las compensaciones de atmósfera artificial, Alvar Furient saltó y abandonó la polinave. Mediante un pequeño ascensor que era una plataforma circular que se deslizaba entre paredes de *steel-glass*, descendió a la planta noble de la cosmonave. Allí le estaba esperando su robot mecano-electrobiónico.

—Bienvenido a bordo de la Mitjanit-14-14, comandante.

—Hola, Pitroig, ¿cómo está todo? —le respondió sin dejar de caminar mientras el robot le seguía, utilizando el sistema de rodamientos que tenía bajo sus plantas, lo mismo que si llevara patines eléctricos.

—Todo en perfecto funcionamiento, comandante Furient, fiabilidad total, cien mil.

—¿Cien mil, comprobado?

—Sí, comandante Furient, comprobado —ratificó el robot parlante, con su voz metálica e impersonal.

—Dentro de dos o tres mil horas de navegación veremos si esa fiabilidad total se mantiene.

Mina y Dorakis se hallaban en la amplia sala de mandos en cuyo centro geométrico estaba todo el instrumental de control, envío y recepción de datos.

Las paredes del entorno —la sala tenía forma dodecagonal— eran espaciosos ventanales que miraban hacia las estrellas y a través de los cuales en aquellos momentos se podía ver al mismo tiempo el planeta Tierra, el Sol y la Luna, formando los vértices de un maravilloso triángulo.

—¿Todo bien por abajo? —le preguntó Mina.

Alvar Furient la miró. Mina era una mujer alta, bien formada, de cabellos dorados recogidos en la nuca, algo fría la expresión de sus ojos y de una gran capacidad tecnológica.

Alvar sabía que Mina era una mujer hermosa, muy hermosa, y que no pocos colegas del espacio se habían interesado por un posible aparejamiento con ella, pero Mina siempre los había rechazado, alegando que ella se dedicaba a la labor de cosmonauta y no quería meterse en más problemas.

Sin embargo, en el alma de Mina había un secreto que no dejaba que jamás se trasluciera, un secreto que estaba conformado por sus más vivos sentimientos.

—Todo sigue bien. Donde se van a complicar las cosas es aquí arriba.

Dorakis, alto, delgado, moreno, con un vigoroso bigote de

guías largas y arqueadas, preguntó:

—¿Qué sucede, el plan no sigue adelante?

—Sí, sigue.

—Uf, menos mal. Después de tener las bodegas llenas de bombas, por un momento he pensado que todo se venía abajo.

—No, no se trata de eso.

—¿De qué, entonces? —preguntó Mina, interesada.

—Vamos a llevar pasajeros en esta misión.

—¿Te refieres al supercornisionado Morgan? —preguntó Dorakis.

—Y a cuatro postgraduados.

—¿Postgraduados en una misión difícil como ésta? —se asombró Mina, parpadeando con sus grandes y hermosos ojos.

—No es lo más adecuado —rezongó Dorakis.

—Lo sé perfectamente, pero es una imposición del supercomisionado. Por cierto, dos de los postgraduados cosmonautas son los propios hijos del supercornisionado Morgan.

—Vaya. ¿Y cómo hemos de juzgar esa acción, favoritismo hacia sus hijos? —preguntó Mina.

—No, eso tampoco. Precisamente esta misión tiene muchos riesgos y por exponer a sus propios hijos a esos peligros no se le puede acusar de favoritismo, sería un nepotismo absurdo —como dando por zanjado el asunto, preguntó—: ¿Y Claude?

—Está haciendo su turno de descanso —le respondió Mina.

—Bien. Cuando lleguen los pasajeros partiremos para nuestro objetivo. Cuanto antes vaciemos las bodegas de superbombas, mejor para todos. Ahora dejaremos la cosmonave lista para partir, que sólo haga falta pulsar el botón de ultrapropulsión.

—Rumbo automático listo con autocorrección permanente —anunció Pitroig, como si estuviera atento a la conversación que se había desarrollado entre los tres humanos.

Piiit, piiit, piiiit...

Miró el piloto rojo que se encendía en el panel de telecomunicaciones, abrió el emisor y habló delante del micrófono.

—Aquí Mitjanit-14-14 a la escucha.

—Al habla el centro de control. Bus con viajeros despega del astropuerto con rumbo a Mitjanit-14-14. Dispongan los medios para la recepción de los viajeros.

—Mensaje recibido —cerró, se volvió hacia Alvar Furient y comunicó—. Ya vienen...

CAPÍTULO II

El pequeño bus inter-aéreo-espacial llegó a la plataforma de la Mitjanit-14-14.

Guiado por Dorakis, se colocó sobre la superficie de la gran cosmonave y penetró en ella por la gigantesca trampa que se abría para recibir pequeñas naves, el mismo lugar por el que entrara Alvar Furient.

Los cinco viajeros pasaron al interior de la cosmonave y el bus abandonó la Mitjanit-14-14 para regresar al astropuerto y trasladar a otros viajeros a distintas naves, laboratorios espaciales o al hangar de ensamblaje.

Su tarea era constante, ir y venir del planeta al espacio sideral sin gravedad alguna.

—Bienvenido a bordo, supercomisionado.

—Llámeme Morgan, como lo ha venido haciendo hasta ahora.

—Como quiera, Morgan.

Morgan presentó a los cuatro jóvenes, dos muchachas y dos muchachos, que tenían los ojos muy abiertos, para llenarse de datos y vivencias.

—Eslovia, Tylor, Georgia y Lewis.

Alvar Furient no quiso preguntar cuáles eran los hijos del comisionado Morgan, ya que, de entrada, hubiera significado una discriminación con respecto a los otros dos.

Se limitó a decir, más cortés que amigable:

—Bienvenidos a bordo. Vuestros camarotes están listos. Yo soy el comandante Alvar Furient; podéis llamarme simplemente Alvar. Lo que no quiere decir que a bordo de esta nave se pueda hacer lo que se quiera. Ya se os habrá comunicado que la misión que hemos de llevar a cabo es muy importante y arriesgada.

—Lo sabemos —dijo una de las chicas, la que respondía al nombre de Georgia—. Pero no creo que sea para tanto.

—Por favor, Georgia, no busques complicaciones a bordo de esta cosmonave. El comandante Furient es más rígido de lo que imaginas —le dijo Morgan.

—¿Y qué hará cuando nos portemos mal, ponernos cara a la pared?

Mina miró interrogante a Alvar Furient, que destacaba sobre todos porque era el más alto y atlético dentro de una aparente delgadez.

Este se había quedado mirando a la joven morena, de ojos verdes.

—Creo que es preferible que nadie cause problemas. Esta es una misión de alta seguridad. En consecuencia, todas las normas transgredidas recibirán los castigos más altos. Los camarotes pueden cerrarse como celdas desde esta sala si es necesario. El supercornisionado Morgan puede deciros bien claro que si tenemos problemas, toda la carga que llevamos a bordo deberá ser destruida, para evitar que caiga en manos de algún pirata de la galaxia. Y si destruimos el cargamento, todos, absolutamente todos, moriremos desintegrados. Nos convertiremos en un pequeño sol que durará muy poco tiempo.

—Papá, ¿de verdad corremos ese peligro? —preguntó Georgia, escéptica.

—Te tengo dicho que en lugares oficiales o a bordo de las cosmonaves no me llames papá sino Morgan, como todos los demás.

—Está bien, papá Morgan.

Alvar comprendió que iba a tener problemas con aquella muchachita mimada que por el cargo de su padre se creía por encima de todos, incluso de su mismo padre, al que posiblemente trataría de dominar.

—Bien, vamos a partir.

Se acercó al centro de la sala, donde se hallaban los paneles de control, y comenzó a hundir teclados.

Al fin, movió una palanca roja y la cosmonave sufrió una tenue vibración.

Uno de los jóvenes, llamado Lewis, miró por la ventana y dijo:

—Nos alejamos rápidamente de la Tierra.

En efecto, así era. La Mitjanit-14-14, con los motores a gran potencia, se propulsaba hacia su objetivo.

Cuando alcanzara la velocidad de crucero programada, el cerebro central cerraría automáticamente los potentísimos motores, dejando así de gastar energía.

A las tres horas cuarenta y dos minutos de la puesta, en marcha de los motores de propulsión, éstos se silenciaron. Habían alcanzado ya la velocidad crucero de diez mach luz y a partir de ese momento, la Mitjanit-14-14 viajaría a través de los planetas y escaparía del Sistema Solar, alejándose de él y pasando a otras estrellas en busca de su alejado objetivo.

Se dispusieron los turnos de servicio bajo la supervisión de Alvar Furient.

Los postgraduados harían guardias al lado de los veteranos, mientras el infatigable Pitroig, el robot mecano-electrobiónico, permanecía alerta para que nada fallara.

Él poseía la facultad de dar alarma general si algo se estropeaba o veía algún peligro.

El viaje se efectuaba sin ningún problema; sin embargo, se exigía la más alta seguridad.

El supercomisionado pasaba una buena parte de su tiempo enviando mensajes en clave a su departamento en la Tierra.

Los postgraduados comentaron entre sí que no habían supuesto que el viaje se hiciera tan largo y así lo expuso Georgia, la joven y voluntariosa Georgia, al coincidir con Alvar Furient en la sala de control.

—Al emprender este viaje pensaba que sería arriesgado y lleno de emociones.

—¿Y estás decepcionada? —preguntó Alvar, como si hablara con una criatura a la que no había que dar importancia, situación de la que se dio cuenta Georgia.

—Creo que exageraron para impresionarnos. Como somos nuevos en la cosmonáutica…

—Cuando se inicia un viaje, no se sabe lo que va a encontrarse

a lo largo del mismo. El cosmos tiene más sorpresas de las que muchos imaginan, y si algo falla no se puede apear uno de la cosmonave y marcharse andando.

—Ni siquiera hemos encontrado meteoritos.

—Los sensores de a bordo los captan a increíble distancia, por pequeños que sean, y la computadora realiza los cálculos de posibles interferencias y también las correcciones para que la colisión no tenga lugar. Por otra parte, si un meteorito se interpusiera en nuestro camino, traspasaría la cosmonave de parte a parte y estallaría instantáneamente, de modo que no nos daríamos cuenta de lo ocurrido. No es lo mismo encontrarse con meteoritos a velocidad reducida que a grandes velocidades. ¿No te contaron eso en la Academia?

—Claro que sí lo sabía, sólo me quejaba de la rutina del viaje.

—Es posible que esta primera parte del viaje sea rutinaria —aceptó Alvar Fuíient—. Máxime para unos jovencitos ansiosos de emociones fuertes, pero es porque todo funciona bien y gracias a que esta cosmonave está altamente automatizada.

—Todas las cosmonaves de gran radio de acción están altamente tecnificadas —replicó Georgia con un gesto casi de desdén, aunque con el rabillo del ojo vigilaba la reacción del hombre.

Este continuó frío, indiferente, como si estuviera conversando con una chiquilla, y, físicamente, Georgia no lo era.

No tenía el aspecto de Mina, pero estaba muy bien redondeada en su anatomía, una anatomía rabiosamente femenina.

—Esta es algo más que una cosmonave de gran radio de acción. ¿No se lo ha explicado el papá a su niña bonita?

Aquellas palabras debieron de sentar mal al orgullo de la cosmonauta postgfaduada, que exclamó:

—¡No soy la niña mimada de papá!

—¿Ah, no? Y yo que creía que te había preparado este viaje por ese motivo… Claro que siempre puedo estar equivocado y dispuesto a rectificar.

—Crees saberlo todo, ¿verdad, supremo comandante?

—Mira, eso de «supremo», si no te molesta no lo apees en el

tratamiento. No es que padezca de soberbia y vanidad, pero...

Georgia no pudo evitar ponerse roja de rabia ante la forma en que la trataba Alvar Furient.

Sus labios temblaron. No sabía cómo atacar a aquel hombre que deseaba humillarla tratándola como a una jovencita inexperta y mimada por su padre.

—Mi padre vale mucho y él es el supercomisionado, el jefe de toda esta misión.

—¿El jefe? Ah, sí, es el jefe de la misión, pero yo soy el comandante. Ah, y tengo facultades de aparejamiento en vuelo. Si te gusta algún alienígena, no dudes en decírmelo.

—¡Si pudiera...!

La explosión de rabia de Georgia fue tan violenta que en aquellos momentos semejó salirle vapor por las orejas.

—¿Cómo va todo por aquí? —preguntó de pronto una nueva voz.

—Hola, Lewis. ¿Es cierto que tu padre mima especialmente a Georgia?

Al oír aquella pregunta, la propia Georgia casi puso los ojos en blanco. Por su parte, Lewis sonrió, intuyendo lo que ocurría.

—Algo de eso hay. Papá Morgan siempre ha tenido debilidad por...

—Si sigues, te arranco los ojos —advirtió Georgia, iracunda.

De pronto, comprendió que se había puesto en ridículo y estuvo a punto de abandonar la sala.

No lo hizo porque en aquel instante el propio Alvar Furient se preguntó en voz alta:

—¿Qué es lo que hay frente a nosotros?

Debía estar muy lejos el objeto cósmico no identificado, y moviéndose a altas velocidades, de lo contrario habría sido rebasado por la propia cosmonave Mitjanit-14-14.

—¿Ha descubierto algo, comandante Furient? —preguntó Lewis, interesado.

En vez de responder el propio Furient, lo hizo en plan de sarcasmo Georgia, que no abandonó la sala.

—Sí, ha descubierto una mosca espacial.

—Pues pondremos en la pantalla a la mosca a la que se refiere tu hermana —dijo Furient, admitiendo el sarcasmo.

Se encendió la gran pantalla central y apareció el firmamento plagado de estrellas. Parecía que simplemente alargando los dedos se habría de poder cogerlas.

Georgia se le acercó por la espalda y preguntó:

—¿Distingue algo especial nuestro comandante entre tanta estrellita?

—Sí, creo que sí.

—¿La mosca?

—No te pongas impertinente, Georgia —dijo su hermano—. Papá se va a molestar.

—Ah, sí, se me olvidaba que soy hija de papá —y se tocó los cabellos poniéndose en plan de *sex-symbol*.

—Atención, Mina, ¿me escuchas? —preguntó Furient, hablando ante el micrófono del intercomunicador.

No tardó en oirse la voz femenina.

—Te oigo, Alvar —dijo ella, tuteándole como era su norma.

—¿Puedes venir a la sala de mandos? Tengo en pantalla algo que ha detectado el supra-sonar y no sé muy bien lo que es.

—En seguida estoy ahí, Alvar.

—Ahora llegará la experta cosmonauta para salvarnos a todos.

—Por favor, Georgia, no sigas —le pidió Lewis en voz baja.

No tardó en presentarse Mina, más alta, con más actitud atlética que Georgia.

Mina ni siquiera miró a Georgia; sus ojos buscaron directamente los de Alvar Furient. Georgia sí miró a Mina y en aquel instante, sin haberlo pensado antes, la vio como a una rival.

—¿Qué sucede, Alvar?

—Fíjate en la pantalla, Mina.

—No creo que vaya a ver nada especial. Está todo lleno de puntitos que todos sabemos que son estrellas —objetó Georgia, suficiente.

—¿Te refieres al punto? —Mina pulsó un botón y apareció un cuadriculado de rayas blancas que dividía el cosmos que captaban las cámaras de telescopía—. ¿Cuarenta y tres sesenta y siete, pasando a sesenta y ocho?

—Exacto, Mina, lo has visto a la primera. ¿Qué crees que puede ser? —preguntó Alvar, dando a entender que en aquella especialidad de búsqueda en el espacio de objetos cósmicos no identificados, Mina era una verdadera experta.

—No sé, está muy lejos y por lo que parece, lleva una velocidad similar a la nuestra, por lo que es difícil averiguar más por el momento. Lo que sí me parece seguro es que se trata de un cuerpo celeste que se mueve bajo la ley de la dinámica cósmica.

—¿Crees que es un objeto o meteoro movido por una mente inteligente?

—Quizás, pero también puede ser automático, habría que observarlo.

—Lo observaremos con mucha atención, pondremos el seguidor automático. Tú puedes continuar con tu descanso.

—No, ya me faltaba poco para reincorporarme a mi puesto.

—No obstante, hay que apurar los descansos.

—Ya los apuro al máximo. Dorakis es muy divertido con los juegos de azar, aunque a Claude le gusta más ver los videotapes de diversión.

—¿Está despierto Claude?

—No, ahora duerme.

—Bien, que siga durmiendo. Entonces, ocúpate de seguir con los sensores ese objeto cósmico no identificado.

—¿Podemos modificar el rumbo de la Mitjanit-14-14?

—No.

—¿Y si lo perdemos?

—No tendrá mayor importancia. Lo que interesa es mantenerlo controlado mientras se halle dentro de nuestro radio de acción.

—Está bien, no lo perderé.

—Aumenta al máximo el poder de la telescopía, graba las imágenes mejores y las iremos revisando.

—Podemos preguntar si hay alguna cosmonave cerca, aunque ese punto presagia que se trata de algo grande.

—¿Cómo de grande te parece?

—No sé, cien o doscientas veces mayor que nuestra nave. Puede tratarse de algún satélite artificial gigante que se ha separado de su órbita y se pierde por el espacio de forma incontrolada.

—No sé, me da la impresión de que es algo más que eso.

—¿Tienes algo *in mente*, Alvar?

—No, no por ahora.

Mina, que le conocía bien, intuyó que Alvar Furient sí tenía algo más *in mente*.

—Lewis…

—Sí, comandante.

—Llámame Alvar.

—Como quieras, Alvar.

—Vamos, Lewis, te tiene dominado. Pronto le limpiarás las botas.

—No seas tonta, Georgia.

—Georgia —la interpeló Furient.

—¿Es a mí?

—Puedes irte a descansar, debes de estar agotada —le dijo Furient, mirándola fijamente.

—¿Agotada, por qué?

El hombre se encogió de hombros.

—Por no hacer nada.

—¡Me quejaré por este trato!

—Ya me comunicarás el resultado.

Georgia apretó los puños con fuerza, también los labios. No dijo nada más y abandonó la sala de mando.

—Está muy furiosa —opinó Lewis.

—¿Y cuando se pone así, rompe muchas cosas? —rezongó Alvar.

—No, no creo que rompa nada, pero está muy furiosa y cuando se pone así no se sabe nunca lo que puede suceder.

—Veremos qué pasa. Lo más importante ahora es controlar ese objeto cósmico no identificado que nos precede.

Mina volvió a mirar a Alvar Furient, sabía que el hombre estaba preocupado.

El cargamento secreto que llevaban era el mayor jamás transportado por una sola cosmonave, y podía ser apetecido por cualquier pirata cósmico.

Con aquel poder de superbomba se podía amenazar a cualquier planeta con su total destrucción.

CAPÍTULO III

—¿Ha sido una falsa alarma? —preguntó el supercomisionado Morgan.

—No, no es una falsa alarma.

—¿Cómo han ido las telellamadas de identificación?

—Nulas —respondió Furient.

—Esta cosmonave posee armas defensivas. ¿Qué tal si les enviase una andanada de advertencia?

—Negativo.

—¿Por qué?

—Estamos viajando a altísima velocidad. En estas condiciones no se puede luchar. Si ellos van armados, la única forma de atacarnos es enviando un proyectil en dirección contraria a la nuestra y plenamente coincidente con nuestro rumbo. A la velocidad que viajamos a través del espacio, no podríamos evitar el impacto.

—¿Y nosotros a ellos?

—Imposible, si nos preceden.

—Entonces, ¿están en ventaja?

—Sí. En estas circunstancias, el que viaja delante lleva ventaja.

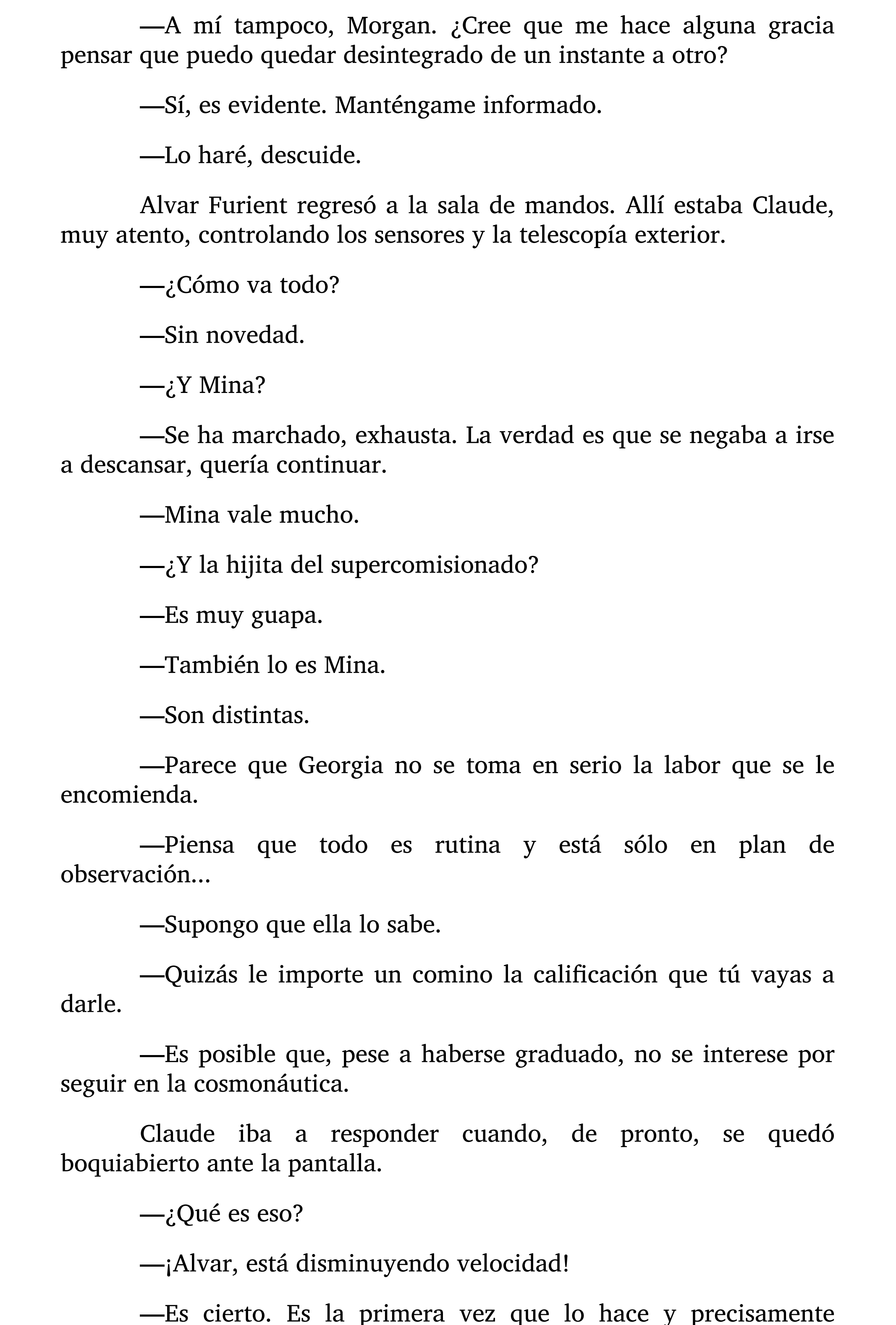
—¿Qué podemos hacer?

—Por ahora, nada salvo mantenernos a la expectativa. Después de todo, no creo que a los que nos observan les interese nuestra destrucción.

—¿Y por qué no?

—¿Qué ganarían con ello, Morgan, qué ganarían?

—Nada, desde luego. Nos destruiríamos en el mismo momento del impacto y sólo quedaría de nosotros una bola de energía ígnea flotando en el espacio. La verdad, no me gusta esta situación.



—A mí tampoco, Morgan. ¿Cree que me hace alguna gracia pensar que puedo quedar desintegrado de un instante a otro?

—Sí, es evidente. Manténgame informado.

—Lo haré, descuide.

Alvar Furient regresó a la sala de mandos. Allí estaba Claude, muy atento, controlando los sensores y la telescopía exterior.

—¿Cómo va todo?

—Sin novedad.

—¿Y Mina?

—Se ha marchado, exhausta. La verdad es que se negaba a irse a descansar, quería continuar.

—Mina vale mucho.

—¿Y la hijita del supercomisionado?

—Es muy guapa.

—También lo es Mina.

—Son distintas.

—Parece que Georgia no se toma en serio la labor que se le encomienda.

—Piensa que todo es rutina y está sólo en plan de observación...

—Supongo que ella lo sabe.

—Quizás le importe un comino la calificación que tú vayas a darle.

—Es posible que, pese a haberse graduado, no se interese por seguir en la cosmonáutica.

Claude iba a responder cuando, de pronto, se quedó boquiabierto ante la pantalla.

—¿Qué es eso?

—¡Alvar, está disminuyendo velocidad!

—Es cierto. Es la primera vez que lo hace y precisamente

cuando estamos a pocas horas de nuestro objetivo.

—En pocos segundos, su imagen se hará más grande.

—Al fin podremos verle bien... Ten dispuesta la grabadora de imagen.

—¿Y el sistema de cañones defensivos?

—De eso me encargaré yo —Alvar abrió el intercomunicador —. Morgan, ¿me oye?

No tardó en oírse la voz del supercornisionado.

—Sí, ¿sucede algo?

—Puede ocurrir dentro de muy poco. El objeto cósmico desconocido ha cambiado sus constantes, parece que pronto le podremos ver si es que no se está preparando para destruirnos.

—Ahora voy a la sala.

Junto con Morgan arribaron Georgia, Mina y Tylor, otro de los postgraduados; había gran excitación en el ambiente.

—¿Qué es lo que está haciendo ahora ese objeto cósmico desconocido?

—Mire ese punto luminoso apenas perceptible.

—Sí, pero parece lo mismo que antes.

—No lo creo, por lo menos es dos décimas más grande. La computadora lo ha captado de inmediato.

—¿Y los sensores?

—También.

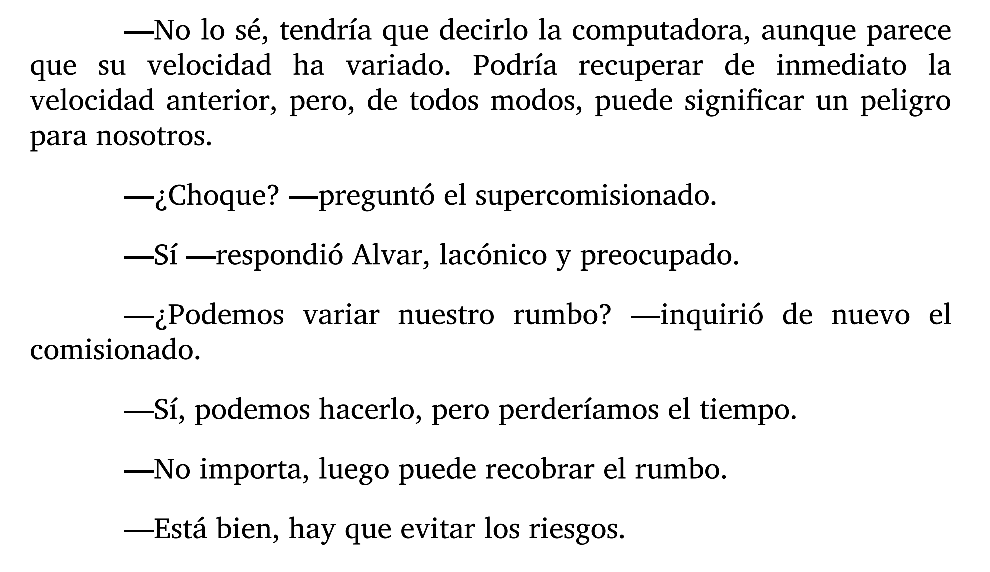
—¿No será una ilusión óptica? —preguntó Georgia, displicente.

Alvar Furient la miró sin responder. En aquel instante entró Mina, que miró de inmediato a la pantalla. Acercó una de sus manos y oprimiendo un botón, la cuadriculó.

—¿Notas algo?

—Sí, Alvar. Ha variado ligeramente de posición.

—¿Cuándo crees que le daremos alcance?



—No lo sé, tendría que decirlo la computadora, aunque parece que su velocidad ha variado. Podría recuperar de inmediato la velocidad anterior, pero, de todos modos, puede significar un peligro para nosotros.

—¿Choque? —preguntó el supercomisionado.

—Sí —respondió Alvar, lacónico y preocupado.

—¿Podemos variar nuestro rumbo? —inquirió de nuevo el comisionado.

—Sí, podemos hacerlo, pero perderíamos el tiempo.

—No importa, luego puede recobrar el rumbo.

—Está bien, hay que evitar los riesgos.

Alvar Furient se sentó en la butaca de comandante. Pulsó varias teclas del amplio teclado y luego se fijó en los paneles de control. Por último, llamó:

—Pitroig, ¿me oyes?

—Pitroig a la escucha, Pitroig a la escucha —respondió el robot.

—¿Estás en la sala de motores?

—Afirmativo, afirmativo.

—¿Cuál es la velocidad?

—Uno diez mil.

—¿No puede ser mayor?

—Negativo, negativo, uno diez mil, uno diez mil —puntualizaba la voz metálica e impersonal del robot.

—Abandona la sala y cierra las compuertas de seguridad, nos vamos a poner en marcha.

—Afirmativo, afirmativo.

Georgia, asombrada, preguntó:

—¿Es el robot quien controla la sala de motores?

—Sí, él lo hace —asintió Mina—. Es peligroso estar allí.

—¿Y no es peligroso que todos nosotros estemos en manos de un robot?

—Hay robots más fiables que muchos cosmonautas postgraduados —puntualizó Alvar.

—¿Se está refiriendo a mí? —inquirió Georgia.

Su padre le pidió:

—Vamos, no busques problemas ahora.

—¡Ha dicho que soy menos fiable que un vulgar robot!

—Si lo he dicho, ha debido de ser por algo concreto —contestó Alvar, sin molestarse demasiado en buscar mejores o peores palabras.

—¿Por qué algo?

—Porque no has estado los turnos completos en los lugares que te han sido asignados.

—¿Es cierto eso, Georgia?

—¿Es que no se puede abandonar el lugar ni para ir al aseo?

—Dejemos esa discusión —cortó Alvar Furient—. Hay cosas más importantes que hablar de una postgraduada y de sus urgentes necesidades fisiológicas.

—¡Papá! ¿Has oído eso? —los ojos verdes de la joven chispearon de cólera.

—Por favor, Georgia...

—¡Sólo falta que me digas que estoy dando el espectáculo!

El padre iba a añadir algo, pero en aquel momento, Alvar Furient gruñó entre dientes:

—¿Qué ha dicho? —inquirió el supercornisionado, como temeroso de haber oído mal.

—El ojo galáctico, ahí lo tenemos.

—No puede ser. Eso es sólo un mito, un mito sideral.

—Le dije que no era un mito, Morgan, ahí lo tiene.

—Yo no lo veo tan claro. Es algo oval, sí, pero...

—Seguro que no tardaremos en verlo muy claro. No lo dude, Morgan, es el ojo galáctico.

—Pero, ¿quién diablos es el ojo galáctico? —preguntó el supercornisionado, casi en un estallido de cólera.

—No lo sé, ningún terrícola lo sabe. Se ha hablado mucho de él. Se dice que es algo intemporal, no es una máquina espacial, es algo que pertenece al ignoto mundo del cosmos.

—Sólo faltaría que dijese que es el dios del cosmos. Estupideces.

—Yo no he dicho tanto. ¿Qué le parece que haga ahora, cambio el rumbo de la Mitjanit-14-14?

—Claro que sí. Sea lo que sea, huyamos de él. Transportamos un poder destructor importantísimo y hemos de eludir cualquier tropiezo.

—Bien, allá vamos.

Puso en marcha los motores principales. Luego, casi de inmediato, entraron en acción los de estribor, que, unidos a la fuerza propulsora de popa, hizo que la cosmonave se desviara casi treinta grados de su rumbo.

—Lo perdemos —dijo Mina, cuyos ojos estaban clavados en la pantalla cuadriculada.

—Es lo que pretendo —suspiró Morgan.

Una de las pantallas de obtención de datos comenzó a parpadear en rojo.

Alvar Furient tocó varias teclas y en la pantalla fueron apareciendo cifras que se borraban rápidamente para ser suplidas por otras.

Alvar detuvo los motores y el supercomisionado le preguntó:

—¿Qué pasa ahora?

—Hemos llegado a tope.

—¿A tope de qué?

—De nuestras posibilidades de velocidad. Si estamos vivos aún, agradézcaselo al sistema de alarma específico, nos hemos pasado de

velocidad.

—¿Cuál es el riesgo que corremos?

—Convertirnos en energía pura.

—¿Mucho riesgo?

—Para evitarlo, tendríamos que poner en marcha los motores de proa y disminuir impulso.

—No, no toque nada.

—Dentro de veinte segundos, los motores de corrección de rumbo se pondrán en marcha automáticamente para retocar la desviación manual a la que yo he sometido a la cosmonave.

—Sólo son problemas —se quejó el supercornisionado.

—Pero ese ojo galáctico, ¿qué nos puede hacer? —quiso saber Georgia.

—No lo sabemos, no lo sabe nadie —dijo Mina—, pero se dice que un buen número de cosmonaves han desaparecido para siempre en el cosmos a causa del ojo galáctico.

—¿Por qué?

—No lo sabemos —respondió ahora Alvar.

—¡Mirad, vuelve! —exclamó Mina—. Quiere recuperar su posición respecto a nosotros.

Morgan admitió:

—Es cierto.

—Hemos de esperar —observó Alvar.

—¿Esperar a qué? —preguntó Morgan.

—La corrección automática de rumbo. Quizás esa maldita cosa a la que llamamos ojo galáctico se sienta sorprendida de nuevo cuando nuestra cosmonave vuelva a cambiar de rumbo.

—Mirad, se ha detenido —observó Mina.

—¡Por todos los demonios de la galaxia! —gruñó Alvar.

Ypulsó de inmediato varias teclas pidiendo datos a la

computadora, datos que aparecieron en la pantalla para tal uso.

—¿Y ahora qué pasa?

De pronto, como si ya todo le diera lo mismo, Alvar se puso a reír, echándose hacia atrás en su silla de mando.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó Georgia.

—No, no es eso. El ojo galáctico se ha detenido justo en el lugar adecuado.

—¿Qué lugar? —interrogó Morgan.

En aquel instante, la cosmonave Mitjanit-14-14 sufrió una oscilación.

Los motores de estribor acababan de ponerse en marcha automáticamente. La computadora central que almacenaba todos los datos controlaba aquel cambio de rumbo, ya que había sido programada para dirigirse hacia su objetivo.

Cuando el rumbo estuvo rectificado, observaron que el llamado ojo galáctico estaba colocado justo en el centro de la pantalla donde se había pasado todo el tiempo.

—¿Cómo sabía esa maldita cosa que íbamos a tomar esta posición antes de que la tomáramos?

—Pregúnteselo al ojo galáctico, Morgan, pregúnteselo a él.

—¡Al demonio con el ojo galáctico! —estalló Morgan al fin.

CAPÍTULO IV

Parecía como si nadie hubiese querido descansar.

Alvar Furient había disminuido la velocidad de crucero para evitar peligros de transmutación.

Morgan, con voz oscura, puntualizó:

—Estamos a menos de una hora de nuestro objetivo —miró su cronógrafo personal y concretó aún más—. Cincuenta y siete minutos.

—Llegaremos, si el maldito ojo galáctico no nos lo impide —rezongó Alvar.

Georgia inquirió:

—¿Qué puede hacernos?

—Es una pregunta que no cesamos de plantearnos, pero a la que no hallamos respuesta —dijo Alvar.

Mina observó:

—Parece que el momento del encuentro está llegando. La imagen se agranda, lo que indica que su velocidad se reduce; es como si quisiera venir a nuestro encuentro.

—Como un gato con las garras afiladas frente a un ratón que es nuestra cosmonave Mitjanit-14-14 —masculló Dorakis.

Morgan rechazó la metáfora, objetando:

—Poseemos un gran poder destructivo. Si nosotros hemos de desaparecer convertidos en energía, esa cosa también desaparecerá.

—Quién sabe si conoce nuestro cargamento —dijo Alvar Furient, como hablando consigo mismo.

—¿Conocer nuestro cargamento? No es posible.

Mientras, el ojo galáctico se agrandaba paulatinamente. Mina tomaba una grabación y no estaba segura de que jamás llegara a la Tierra.

—¿Qué te parece, Georgia? Es un ojo hermoso, ¿verdad?

El ojo era enorme, más enorme de lo que habian podido llegar llegar a imaginar y se hallaba suspendido en el cosmos, como en medio de una cuenca gigantesca y oscura.

El ojo estaba perfectamente perfilado, se podían ver los gruesos bordes de los párpados, tras de los cuales estaba la negrura del cosmos, rellena de estrellas titilantes.

Estaba el blanco de la escalera y luego la pupila, que se veía rojiza, de un color que tenía cierta semejanza con los ojos cobrizos del propio Alvar Furient.

—Debe tratarse de una alucinación —balbuceó Georgia—. No puede existir un macro-ojo suspendido en el espacio sin que haya nadie en torno, debajo ni detrás, es imposible.

Dorakis advirtió:

—Estamos perdiendo velocidad rápidamente.

—¿Cuánto? —preguntó Alvar.

—Un mach luz cada cuarenta segundos.

—Es mucho —gruñó Alvar.

Morgan, nervioso, preguntó:

—¿A qué espera para hacer algo?

—¿Qué quiere que haga?

—No sé, el comandante es usted.

—Sí, eso está claro, yo soy el comandante. Ese ojo nos ha interceptado y de alguna manera que desconocemos, controla nuestra velocidad, disminuyéndola.

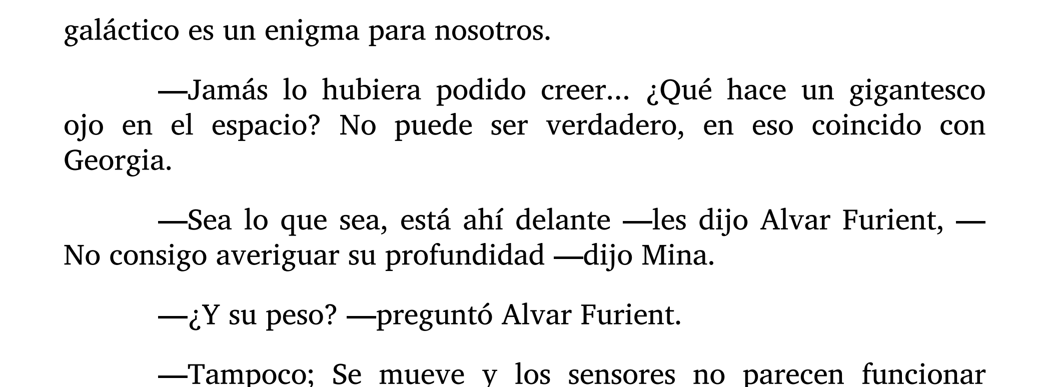
—¿Para qué? —preguntó Morgan.

—Lo ignoro.

—A lo mejor es para mirarnos muy de cerca, como es un ojo — se rió de pronto Dorakis, pero nadie secundó su hilaridad.

—¿Qué fuerza puede utilizar para reducir nuestra velocidad?

—Lo ignoro, Morgan, lo ignoro. Todo lo que se refiera al ojo



galáctico es un enigma para nosotros.

—Jamás lo hubiera podido creer… ¿Qué hace un gigantesco ojo en el espacio? No puede ser verdadero, en eso coincido con Georgia.

—Sea lo que sea, está ahí delante —les dijo Alvar Furient, —No consigo averiguar su profundidad —dijo Mina.

—¿Y su peso? —preguntó Alvar Furient.

—Tampoco; Se mueve y los sensores no parecen funcionar bien.

—Pitroig, Pitroig, te habla el comandante.

— Pitroig a la escucha, Pitroig a la escucha —respondió éc robot, que se hallaba sobre la plataforma de la cosmonave caminando por su exterior.

—¿Cuál es la fiabilidad actual de la cosmonave?

Tardó un tiempo que a todos se les antojó eterno. Al fin la voz del robot llegó a través de los altavoces, diez.

—Eso es absurdo —gruñó Morgan.

—Hemos ido perdiendo fiabilidad. Pitroig la controla medíame su propia computadora y los enlaces que tiene con el cerebro a bordo.

—¿Y no sera el robot quien no es nada fiable? —rezongo Georgia.

Alvar le respondió:

—Es una posibilidad a tener en cuenta.

—No entremos en disquisiciones tontas —pidió Morgan.

—Voy a intentar escapar a la influencia del ojo galáctico —digo Alvar, preparándose para poner en marcha los motores de babor para desviarse y no dirigirse hacia aquel gigantesco ojo que se hallaba suspendido en medio del espacio sideral, sin explicación alguna.

—¡Maldita sea!

Todos miraron a Alvar, perplejos. ¿Qué había sucedido?

—¿Que pasa ahora? —casi rugió Morgan.

—Los motores no funcionan.

Tras la respuesta de Alvar Furient, el supercomisionado se sintio invadido por un sudor frío.

Se daba cuenta de que toda la misión estaba al borde del desastre, de la tragedia. Si se veían perdidos, tenían que dar la computadora central la orden de autodestrucción.

—Supongo que ese maldito ojo tiene más poderes de los que imaginamos y entre esos poderes está el de controlar en parte o totalmente nuestra cosmonave —mascullo Alvar.

—Si lo supiera, ya estaría tratando de ponerle remedio.

—Pues averigüelo usted, es el comandante.

—Sí soy el comandante, pero no el superdiós de la galaxia. No obstante, revisaremos todos los controles de esta cosmonave, uno por uno, para ver hasta dónde llega el control del ojo galáctico sobre nosotros.

—¿Y mientras tanto?

A la pregunta de Morgan, Furient le pregunto, ironico:

—¿Cree en la reencarnación?

—No.

—Entonces, vaya pensando en la nada.

Aquel ojo gigantesco y monstruoso no parecía tener nada más detrás ni en derredor, un ojo terriblemente grande, pues la pupila en sí misma tenía el tamaño de un pequeño planetoide.

Y hacia su centro se dirigían ahora como si acabaran de poner rumbo a lo ignoto, rumbo al objetivo más fantástico que cosmonauta alguno pudiera imaginar.

¿Qué era el ojo galáctico? ¿Un ser vivo flotando en el cosmos, alimentándose de plasma cósmico?

¿Era algo construido por una especie inteligente y desconocida hasta entonces por los terrícolas?

¿Sería una especie de dios de la galaxia, en el que ningún cosmonauta creía?

—Si es un dios —estalló de pronto Georgia, mirando horrorizada aquel ojo que ya ocupaba totalmente la pantalla que estaban contemplando—, si es un dios —repitió— es maligno.

Alvar Furient cambió totalmente de actitud ante lo inevitable.

Abrió todos los canales de telecomunicación, incluyendo el potentísimo equipo de megafonía exterior, aunque por no haber aire en el exterior difícilmente podría transmitirse sonido, si bien siempre cabía la posibilidad de que hubiese micropolvo cósmico.

—Habla Alvar Furient, comandante de la cosmonave terrícola. Te hablo a ti, ojo galáctico, suspendido en el cosmos. Comunícate con nosotros y danos a conocer cuáles son tus proyectos. Nosotros venimos en son de paz. Seas quien sea te saludamos, hermano de la galaxia.

Los canales de recepción estaban abiertos.

Todos aguardaban ansiosos que aquello, fuese lo que fuese y que tenía el aspecto de un ojo humano gigante, les contestara y no se les escapaba que su respuesta podía ser su sentencia de muerte.

CAPÍTULO V

—Fiabilidad cero, fiabilidad cero —repetía el robot Pitroig.

Morgan exigió:

—Dígale a su robot que se calle.

—¿Por qué, detesta oír la verdad? Fiabilidad cero.

Morgan vació el aire de sus pulmones por la nariz. Después, mirando ya a través de los ventanales la pupila del ojo galáctico al que estaban muy próximos, pregunto:

—¿En cuánto tiempo se producirá la colisión?

—No creo que haya colisión.

—¿Ah no? Vamos derechitos al centro del ojo.

—Éso es cierto, pero nuestra velocidad es muy escasa y no creo que a eso que tenemos delante con forma de ojo humano le interese una colisión.

—¿Qué es lo que le interesa, entonces?

—Quizá absorbernos.

—¿Absorbernos, dónde?

—En el centro del ojo.

—¿Y para qué?

—Si seguimos vivos dentro de unas horas, lo sabremos.

—¿Y si no?

—Los muertos no saben nada, Morgan.

—En ese caso, debemos poner en marcha el sistema de autodestrucción.

—Está en su derecho, pero tenga cuidado con la computadora central. En estos momentos, ya no es todo lo fiable que debiera.

—¿Y qué puede pasar?

—No lo sé.

—¡No lo sé, no lo sé! —bramó Morgan—. Usted nunca sabe nada.

—Morgan, no se ponga impertinente, nos hallamos en una situación anómala. Ese ojo galáctico es más poderoso que nosotros; su influencia hipermagnética u otras energías que desconocemos han penetrado en nuestra cosmonave y han detenido los motores. ¿Cómo lo ha hecho? No creo que haya un científico en toda la Confederación Terrícola capaz de explicárselo. Hay que admitir que otros seres o civilizaciones pueden estar muchísimo más adelantados que nosotros tecnológicamente. Pueden poseer y manejar fuerzas que nosotros ni siquiera hemos llegado a imaginar.

—Entonces, ¿hay que aceptar que estamos en sus manos?

—En su ojo, dirá —puntualizó Furient, sarcástico.

—Pues, con todo el dolor que ello significa, voy a programar la autodestrucción de esta cosmonave con nosotros dentro.

—Es su derecho, supercornisionado —dijo, y se levantó de la butaca.

Dorakis le interrogó con la mirada. Furient abandonó la sala de mandos y en el corredor se encontró con Georgia, que se encaró con él. Su gesto era de gran preocupación.

—He oído la conversación por los altavoces —dijo.

—Pues sí, tu papá ha conectado la autodestrucción de la cosmonave.

—¡Eso es una locura, vamos a morir todos!

—Exactamente. Al aceptar esta misión acepté también este riesgo. Vamos cargados de superbombas y nadie debe apoderarse de ellas.

—Pero, podríamos esperar, ¿no?

—Sí, se podría, pero tu padre es quien decide en ese aspecto. La seguridad de la Confederación Terrícola está por encima de nuestras vidas.

—Pero, pero... —sus labios temblaron—. Yo no quiero morir.

—Ni yo tampoco.

Se inclinó entonces sobre ella y la cogió con sus brazos elevándola en el aire como si dentro de la cosmonave no hubiera gravedad artificial.

—¿Qué haces?

—Georgia, eres una chica mimada, una hija de papa pero me caes bien. Nada más verte me gustaste. Pensé que posiblemente jamás te diría que puedo amarte, pero como tu padre ha decidido que muramos todos, incluida su niña mimada, creo que tengo el derecho de amar antes de morir.

—¿De verdad me amas? —musitó Georgia.

Furient observó que la muchacha ya no le preguntaba si iban a morir, y que acababa de enlazarle por el cuello con su brazo como si temiera caerse.

—Sí, pero eso no quiere decir que no piense que hay que domarte un poco para que seas la mujer que me ha de agradar como pareja.

—¿Y si tú no me gustas a mí?

—Eso tiene fácil remedio.

—¿Cuál? Si estoy apresada en tus brazos y en tu propia cosmonave, y tú eres más fuerte que yo.

—Puedes gritar.

—¿Para qué?

—Vendría tu papá a defenderte —le dijo mientras echaba a andar por el corredor.

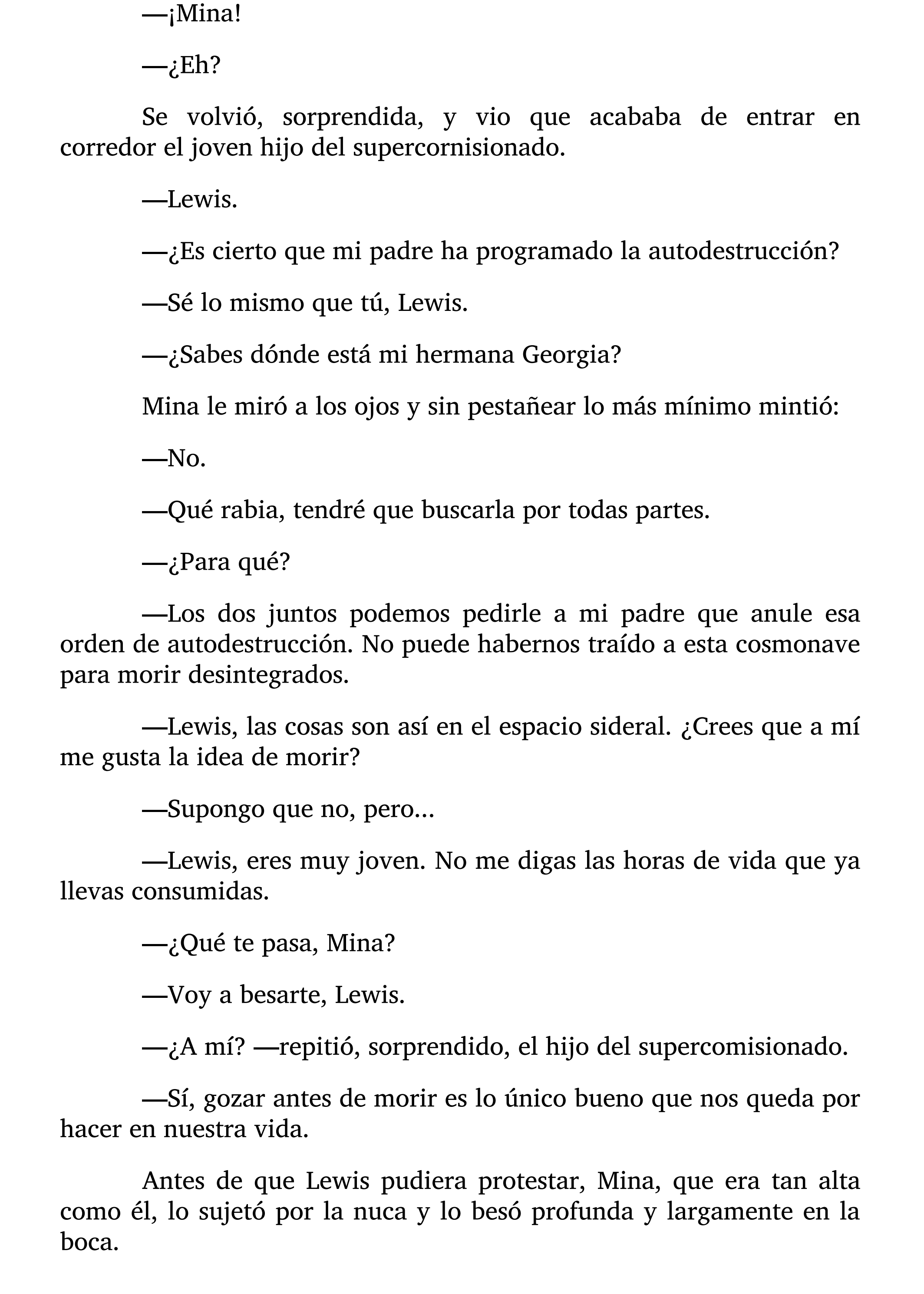
—No, no quiero.

—¿No quieres que te salven?

—Lo que no quiero es que le pegues a mi padre, tú eres más fuerte que él, mucho más fuerte.

Acercando su boca a la de él, le besó.

No muy lejos, en el umbral de una puerta, acababa de asomar Mina, que les observó sin ser vista. Pudo ver cómo Alvar Furient se



encerraba en su camarote, llevando consigo a la hija del supercomisionado Morgan.

—¡Mina!

—¿Eh?

Se volvió, sorprendida, y vio que acababa de entrar en corredor el joven hijo del supercornisionado.

—Lewis.

—¿Es cierto que mi padre ha programado la autodestrucción?

—Sé lo mismo que tú, Lewis.

—¿Sabes dónde está mi hermana Georgia?

Mina le miró a los ojos y sin pestañear lo más mínimo mintió:

—No.

—Qué rabia, tendré que buscarla por todas partes.

—¿Para qué?

—Los dos juntos podemos pedirle a mi padre que anule esa orden de autodestrucción. No puede habernos traído a esta cosmonave para morir desintegrados.

—Lewis, las cosas son así en el espacio sideral. ¿Crees que a mí me gusta la idea de morir?

—Supongo que no, pero…

—Lewis, eres muy joven. No me digas las horas de vida que ya llevas consumidas.

—¿Qué te pasa, Mina?

—Voy a besarte, Lewis.

—¿A mí? —repitió, sorprendido, el hijo del supercomisionado.

—Sí, gozar antes de morir es lo único bueno que nos queda por hacer en nuestra vida.

Antes de que Lewis pudiera protestar, Mina, que era tan alta como él, lo sujetó por la nuca y lo besó profunda y largamente en la boca.

Luego, se apartó de él dejándolo rojo y sin aire. Ella lo miró con fijeza y tras respirar profundamente, dijo:

—Lo siento, chico. Contigo, la cosa no resulta.

—¿Qué cosa?

—Cuando seas unas horas más viejo te lo explico.

Dando media vuelta, dejó al sorprendido y perplejo Lewis solo en el corredor.

CAPÍTULO VI

—¿Y el comandante Furient, dónde está el comandante Furient? —preguntó Morgan, que no se había movido de la sala de mandos.

Mina que tenía una expresión más hermética en su bello rostro, respondió:

—Tiene derecho a descansar.

—En estos momentos, no.

—Creo que se equivoca, Morgan.

—¿En qué me equivoco?

—Furient es el comandante y decide sobre sí mismo.

—Y yo soy el jefe de la misión.

—Ya, por eso ha decidido destruirnos a todos. ¿Qué hará cuando vea a sus hijos con lágrimas en los ojos diciéndole que no quieren morir?

—Mis hijos no lloran.

—No jugué a los demás por lo que usted haga, Morgan. Cada persona es un mundo.

—No divague mas, haga el favor —le cortó, hosco—. Dentro de ocho minutos haremos contacto con la cosa esa.

—Con el ojo galáctico —puntualizo Mina.

—No creo que sea un ojo.

A través de los ventanales sólo se veía ahora la pupila, y paradójicamente en su centro se reflejaba la imagen terrícola como si de un ojo humano se tratara.

—Y la autodestrucción, ¿cuándo se producirá?

—Dentro de... Bueno, ¿qué importa? Nadie podrá apoderarse de las superbombas.

—Y si no quieren apoderarse de las superbombas, ¿de qué habrá servido nuestra autodestrucción?

Morgan quedó perplejo ante aquella inesperada pregunta.

—¿Cómo, que no quieren apoderarse de nuestras superbombas?

—No, quizás sólo sean pequeños juguetes para el ser que maneja ese ojo galáctico o lo que sea.

—¿Juguetes? Pueden reventar un planeta completo si se aplican todas en un solo punto.

—¿Y quién le asegura a usted que no poseen armas superiores. Lo están demostrando.

—¿Demostrando?

—Si, claro. ¿Cómo si no, nos han dejado sin motores y con la fiabilidad de nuestros ordenadores a cero?

—Si no lo estuviera viviendo, no lo creería.

—Alarma roja, alarma roja, colisión, colisión —repitió el robot que acababa de aparecer en la sala de mandos.

—¡Dígale que se calle! —pidió Morgan.

—No, Pitroig cumple con la obligación para la cual ha sido programado. Tiene más facultades de las que parece; de un instante a otro, él disparará la alarma general.

Apenas acababa de pronunciar aquellas palabras cuando la alarma general se disparó.

Las luces rojas comenzaron a parpadear en toda la cosmonave mientras una chicharra intermitente lo llenaba todo de sonido.

Los servicios automáticos contra incendios entraron en acción y los robots no humanoides se pusieron en marcha a la busqueda de posibles averías, colocándose ellos mismos, con la autonomía de que disponían, en los enclaves precisos.

Alvar Furient entró en aquel instante en la sala de mandos.

Mina clavó sus ojos en su comandante y lo vio pletórico de vitalidad. No había en él ni un ápice de agotamiento, estaba lleno de salud, de fuerza.

—¡Al fin llega!

—Morgan, ¿qué pasa? ¿Tiene miedo a la colision y ha programado nuestra autodestrucción?

—Exactamente dentro de cuatro minutos vamos a colisionar contra la pupila del ojo galáctico.

—Sí, y nadie podrá evitarlo.

Furient se acercó a la butaca de mando, alargó su mano y tecleó en la computadora. En la pantalla de datos aparecieron unas fórmulas. Luego tocó otra tecla y la pantalla se tiñó de rojo. Volvió a tocar otra tecla y apareció verde.

—¿Qué hace, Furient? —casi gritó Morgan.

—He anulado la orden de autodestrucción.

—¿Cómo se ha atrevido?

—Soy el comandante y responsable de todo lo que aquí ocurra.

—¡Esa orden la he dado yo, y soy el jefe de la misión!

—Todo lo que quiera, pero yo no tengo ganas de morirme ahora.

—¡Es usted un cobarde!

—Morgan, si no fuera porque no quiero pleitos le partiría la boca de un puñetazo. No repita lo que ha dicho o la próxima vez seré menos considerado.

—¿Me está amenazando?

Mina intervino, irónica.

—No irá a amenazarle con un proceso, ¿verdad, Morgan. Si vamos a morir todos, poco importan los papeleos.

—¡Esto es intolerable!

—Morgan, si hemos de destruirnos, lo haremos en la colisión Yo no puedo evitarla, pero haremos lo que podamos. Todos a ponerse el traje de supervivencia espacial.

—No nos dará tiempo —objetó Dorakis.

—Si, no haremos la colisión en cuatro minutos, sino en más.

Morgan le miró con mucha fijeza para preguntar:

—¿Cómo lo sabe?

—Usted ha calculado el tiempo en un momento concreto cuando navegábamos a una determinada velocidad. Pero esa velocidad ha sido reducida, y si no llega a cero, casi casi. Eso quiere decir que los que están dentro de ese ojo, si es que efectivamente hay alguien y el ojo galáctico no es el mismísimo infierno, no desean la colisión. Vamos, todos a ponerse los trajes de supervivencia por lo que pueda ocurrir.

Dio la orden por megafonía exterior y cuando ya la proa de la cosmonave Mitjanit-14-14 lamía lo que parecía ser la pupila del ojo que en realidad era grandioso, ya todos estaban vestidos con los trajes de cosmonauta.

Georgia compareció en la sala de mandos y en vez de acercarse a su padre, se aproximó a Furient. Alargando su mano enguantada, la posó sobre la del comandante, detalle que a Mina no le pasó inadvertido.

Morgan, también embutido en su traje de supervivencia de color negro brillante, parecía haber hecho examen de su situación al preguntar, ya con voz nada agresiva:

—Furient, ¿qué es lo que le ha hecho tomar la determinación de anular la autodestrucción?

—No sé, quizás unos furiosos deseos de vivir.

—¿Sólo eso?

—¿Cree que me vendo al enemigo, si es que eso que tenemos delante es el enemigo?

—Usted me habló ya del ojo galáctico, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bien, ¿por qué lo hizo?

—Era un problema a tener en cuenta en un viaje de larga duración.

—¿Seguro que jamás ha tenido contacto con el ojo galáctico?

—En efecto, es la primera vez.

Se hablaban a través de los microreceptores incorporados en los yelmos espaciales. Mina intervino para preguntarle al supercornisionado:

—¿Cree que Furient se ha vendido al ojo galáctico?

—No, no creo semejante cosa, sería una estupidez pensarlo, ¿verdad, comandante Furient?

—¡Váyase a la mierda!

—¿Cómo se atreve? —rugió.

—Papá, ¿es que no te das cuenta de que tratas de acusarlo?

—Georgia, ¿tú también en contra de tu padre?

—Papá, es evidente que Alvar no ha tenido ningún contacto anterior.

—Sólo faltabas tú… ¿Cómo has podido cambiar tanto en tan poco tiempo?

—Atención, entramos en colisión. Todos, bien sujetos en las butacas anatómicas. Si hay avería grave saldremos de la cosmonave y que se salve quien pueda, si es que queda alguna posibilidad de salvación.

—Si se destruye la cosmonave, yo no la abandonaré. Haré explosionar todas las superbombas aunque tenga que hacerlo directamente con mis propias manos —advirtió el supercomisionado Morgan.

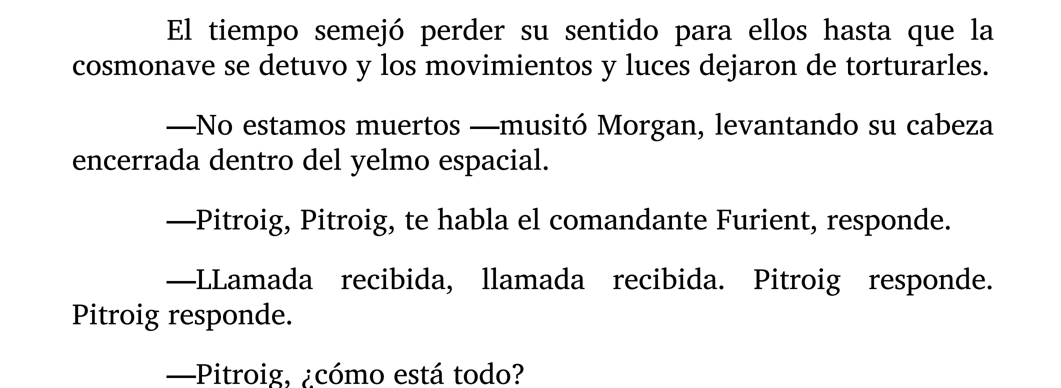
Todos esperaban el fin cuando la cosmonave terrícola Mitjanit-14-14 penetró en el ojo galáctico.

De súbito, la cosmonave comenzó a girar violentamente. Era como hallarse en el ojo de un tornado succionante, por buscarle una comparación que tampoco se ajustaba a la realidad.

La cambiante luminosidad penetró por los ventanales de super *steel-glass*, capaces de resistir el impacto de algunos meteoros.

Era como hallarse dentro de un caleidoscopio mientras ellos giraban y giraban, sin saber qué era lo que iba a suceder.

Las mentes de los humanos terrícolas se enturbiaron, parecía que se hallaban sumidos en una locura psicodélica de la que no podían escapar.



El tiempo semejó perder su sentido para ellos hasta que la cosmonave se detuvo y los movimientos y luces dejaron de torturarles.

—No estamos muertos —musitó Morgan, levantando su cabeza encerrada dentro del yelmo espacial.

—Pitroig, Pitroig, te habla el comandante Furient, responde.

—LLamada recibida, llamada recibida. Pitroig responde. Pitroig responde.

—Pitroig, ¿cómo está todo?

—Fluido energético baja potencia, fluido energético baja potencia.

—¿Suficiente o insuficiente?

—Suficiente para sobrevivir, suficiente para sobrevivir. Insuficiente para marchar, insuficiente para marchar.

Furient se enfrentó con los mandos y comenzó a pedir datos al computador central, datos que fueron apareciendo en pantalla.

—¿Dónde estamos? —preguntó Georgia, acercándose a los ventanales para mirar hacia el exterior.

—Lo ignoramos —respondió Mina.

—La cosmonave no ha sufrido averías, si dejamos aparte que no podemos poner los motores en marcha. Presión atmosférica perfecta, no hay gáses nocivos en el ambiente. Temperatura, dieciocho grados Celsius.

—Eh, afuera es un vergel —exclamó Georgia.

Todos se asomaron a los ventanales.

—Parece una selva —opinó Lewis.

—Sea lo que sea, está dentro del ojo galáctico —gruñó Morgan.

—Hemos de ser recelosos, todo puede ser una trampa —advirtió Alvar Furient.

—¿Una trampa, qué clase de trampa? —preguntó Georgia.

—Hay que averiguar lo que sucede afuera —pidió Morgan.

—Permaneceremos un tiempo dentro de la cosmonave,

vigilando; luego, ya decidiremos. Hemos de tener en cuenta que nuestra situación es más que anormal. Esta cosmonave no está construida para navegar dentro de una atmósfera, y por lo que parece, afuera la hay. O todo es irreal o no comprendo cómo ha podido llegar aquí nuestra cosmonave sin haber sufrido una violenta colisión capaz de desintegrarnos a todos.

—Pero, ¿qué es esto que hay dentro del ojo galáctico? —preguntó Morgan en voz alta—. ¿Un planeta con vida propia, un ecosistema mineral, vegetal y animal completo?

—Vegetal y mineral, sí, pero animal aún no hemos detectado ninguna presencia —dijo Mina.

Furient indicó:

—Yo saldré el primero.

—¿Usted? —brincó Morgan—, ¿Y si le sucede algo?

—No soy imprescindible.

—Usted es el comandante, el responsable de esta cosmonave y del peligrosísimo cargamento que transporta.

—Por eso mismo, no sabemos lo que nos puede aguardar ahí afuera.

—Pero, si muere, ¿quién nos sacará de aquí?

—Después de todo, yo no puedo hacer nada. Esta cosmonave, por su diseño y volumen, no está preparada para navegar en un medio atmosférico. Los rozamientos podrían destruirla.

—¿No hay ninguna posibilidad de que pueda despegar de este lugar?

—Posibilidad sí la hay, pero con muchísimo riesgo.

—Pues lo intentaremos.

—Creo, Morgan, que éste no es el momento más adecuado.

—¿Y cuándo lo será?

—Cuando sepamos dónde estamos. Ahora sólo sabemos que penetramos en la pupila del ojo galáctico. Es algo fantástico, en apariencia absurdo, pero el cosmos nos reserva sorpresas como ésta. Nos hallamos dentro del ojo galáctico, pero, ¿qué es este ojo?

Tendremos que averiguarlo, aunque si hemos de reventar no sé de qué va a servirnos.

—Puede que averiguándolo hallemos la forma de escapar de aquí.

—Muy bien, hija, veo que ahora hasta piensas.

Georgia bajó su mirada para luego levantarla despacio hacia Alvar Furient, que en aquel instante interpeló:

—Mina.

—Sí, Alvar.

—Averigua la gravedad a la que estamos sometidos, también las constantes de la presión atmosférica, composición del aire, etcétera.

—En seguida.

—Saldré armado y me acompañará Pitroig. Los dernás aguardarán dentro de la cosmonave hasta que yo haya dado un vistazo general.

—¿Y si pides ayuda? —preguntó Dorakis.

—Tylor y tú salid en un vehículo *atom-hovercraft,* bien armados, y acudid en mi ayuda. ¿Comprendido?

—Sí —asintieron todos.

Alvar Furient, metido en su traje espacial por si algo en el exterior resultaba maligno para su respiración, salió de la Mitjanit-14-14.

Pitroig descendió por la rampa tras él.

El robot mecano-electrobiónico poseía unos sensores propios de alta fiabilidad, capaces de detectar por infrarrojos la proximidad de cualquier ser vivo que tuviera temperatura en su cuerpo.

También poseía una extraña sensibilidad para el sonido. Cualquier pisada humana sobre la tierra que pasaría desapercibida al oído de un humano terrícola, el robot la captaba a cien metros de distancia.

Un mundo extraño les rodeaba.

¿Qué habría allí, cómo habían llegado?

Los enigmas se amontonaban y los terrícolas, desconcertados, no hallaban solución para ninguno de ellos.

Sólo sabían que estaban dentro de lo que por su aspecto se había dado en llamar el ojo galáctico.

CAPÍTULO VII

Nada aparecía como peligroso en torno a la cosmonave terrícola.

Alvar Furient, acompañado por el robot Pitroig, se adentró por lo que parecía un sendero entre aquella selva en la que no había pájaros, pues no se oía cantar a ninguno de ellos.

Con su arma láser, Furient se fue abriendo paso, cortando la maleza.

No habían avanzado mucho, aunque sí habían perdido ya de vista a la cosmonave, cuando la vegetación de la selva se hizo más rala, con abundancia de palmáceas.

De súbito, arena, y frente a ellos, un desierto inmenso. El horizonte se perdía a su vista.

—Alvar, ¿algo nuevo? —preguntó Mina por el inter-comunicador.

—Se terminó la selva.

—¿Cómo dices?

—Que por donde yo estoy se terminó la selva.

—¿Y qué hay?

—Un desierto.

—Furient, ¿me oye? —interpeló una nueva voz.

—Sí, Morgan, le oigo a usted también.

—¿Ha dicho un desierto?

—Sí, parece que la selva es como un oasis.

—¿Y todo en derredor es desierto?

—Que alguien suba a lo alto de la cosmonave y podrá verlo mejor que yo. Si ven algo especial, me lo comunican.

—Ahora suben Georgia y Claude —dijo Mina.

—Bien. Todo lo demás, ¿cómo sigue?

—Atmósfera comparativamente perfecta.

—Bien, no es preciso entrar en detalles. Ya noto que el ambiente es correcto pese a que estoy dentro del traje espacial.

—Lo curioso es que la densidad es «uno».

—¿Densidad «uno»?

—Sí, comprobado.

—Qué extraño. Este planeta o lo que sea parece mucho más pequeño que el planeta Tierra, no hay ni punto de comparación.

—Recuerda que no sabemos dónde estamos ni siquiera lo que es esto, Alvar.

—Es cierto.

—Atención, atención —comenzó a reclamar el robot Pitroig—. Fuerzas extrañas, fuerzas extrañas, atención.

—¿De qué fuerzas se trata, Pitroig? —Preguntó Alvar Furient.

—Energía, energía.

—¿Qué clase de energía?

—Desconocida, desconocida.

De pronto, en línea inclinada, dos rayos zigzagueantes coincidieron en un punto a escasa distancia del suelo.

—Atención, frente a mí, sobre las arenas del desierto está ocurriendo un suceso extraño —comunicó Alvar a través del emisor incorporado en su yelmo espacial.

Morgan que por Su voz se notaba excitado, preguntó:

—¿Qué clase de suceso?

—Si no me desintegran, pronto se lo contaré.

—Cuidado, Furient, tenga cuidado —pidió Morgan.

Los rayos zigzagueantes y coincidentes en un punto se transformaron en algo que Furient no sabía cómo calificar.

—Atención, atención, ser extraño frente a nosotros. Espero

órdenes, espero órdenes —comunicó el robot.

—Todavía tranquilo, Pitroig —le pidió Furient.

Ante ellos se habia corporeizado un ser totalmente desconocido.

Era alto y su forma podía calificarse de humanoide. Su delgadez era tan extrema que sus extremidades y cuerpo semejaban serpientes unidas moviéndose de forma ondulante como si aquel ser careciera de huesos y estuviera construido por un sistema interior de anillados.

En cambio su cabeza era voluminosa, redonda y brillaba como si estuviera recubierta por algo metálico que la protegía. El rostro apenas se le veía, aunque sí destacaban sus ojos de tono verdoso.

Terrícola —comenzó a hablar despacio, como si le costara cada una de las palabras. Su voz era tan grave que casi parecía un rumor próximo—. Paz entre nosotros.

—Paz —aceptó Furient hablando a través del pequeño altavoz que transmitía sus palabras al exterior.

—Ser extraño no computable, ser extraño no computable.

—Espera órdenes, Pitroig, actúa sólo en caso de peligro.

—Orden recibida, orden recibida.

—Tu robot no es muy perfecto, terrícola, ten cuidado, no vaya a cometer alguna acción irreparable.

—Negativo, negativo. Soy de gran fiabilidad, soy de gran fiabilidad.

—Cállate, Pitroig.

—Orden recibida, orden recibida.„ ..

—¿Quiénes sois vosotros? —inquirió Alvar Furient.

—Los vigilantes de la galaxia.

—¿Vigilantes de la galaxia? —repitió sorprendido—. No sabía que hubiera vigilantes.

—Los hay, somos nosotros.

—Pero, ¿quiénes sois?

—Somos los seres luomp.

—¿De dónde procedéis?

—De un planeta que ya no existe, y tan lejano de vuestro mundo que para vuestra mentalidad es inútil saber más de nosotros. Esta es nuestra morada itinerante.

—¿Por qué itinerante?

—Somos los vigilantes de la galaxia —insistió, con su voz ronca, mientras no cesaba de mover sus miembros como si éstos fueran un puñado de negras serpientes unidas entre sí.

Sin embargo, no se movía del lugar exacto en el que apareciera. No hacía ningún movimiento de aproximación hacia el terrícola y su robot acompañante.

—Creo que habrá explicación para muchas cosas. ¿Por qué la forma de ojo que tiene este lugar visto desde lejos?

—Somos los vigilantes de la galaxia —dijo de nuevo.

—Bien, ¿quién es tu jefe?

—El gran emperador Sho-luomp.

—¿Podémos comunicarnos con él?

—No, por ahora.

—¿Por qué?

—El emperador Sho-luomp dirá cuándo puede recibiros.

—¿Y dónde está?

—En su residencia imperial.

—¿Esa residencia imperial está en el ojo galáctico?

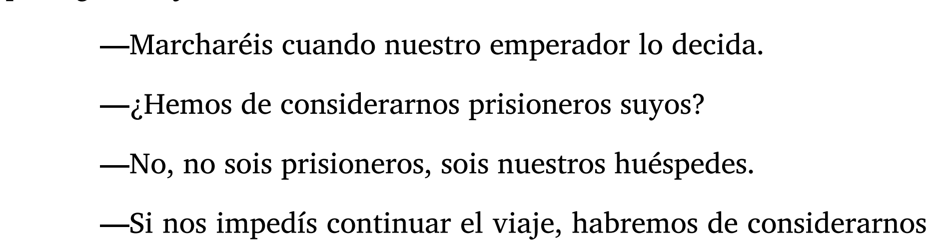
—No puedo responder a tantas preguntas, terrícola.

—Entonces, ¿para qué has aparecido?

—Para comunicarte que nada debéis temer. Permaneced tranquilos en vuestra cosmonave. Podéis salir de ella y disfrutar de la selva y cuanto hay en ella.

—Lo siento, pero nosotros queremos marcharnos. Tenemos que

proseguir viaje.



—Marcharéis cuando nuestro emperador lo decida.

—¿Hemos de considerarnos prisioneros suyos?

—No, no sois prisioneros, sois nuestros huéspedes.

—Si nos impedís continuar el viaje, habremos de considerarnos prisioneros. Nuestra cosmonave ha sido afectada por vuestra influencia negativa y no funciona. Hemos sido atraídos a este lugar desconocido para nosotros a la fuerza, en contra de nuestra voluntad, por lo tanto, estamos en nuestro derecho de tratar de escapar.

—Sería inútil que lo intentarais, terrícolas, jamás lo conseguiríais.

—Eso está por ver.

El ser de Luomp, casi repugnante por su aspecto, desapareció de la misma forma en que se presentara.

—¡Furient, Furient!

—Le escucho, Morgan.

—¡Pregúntele…!

—No insista, Morgan, el ser ya ha desaparecido, no está aquí.

CAPÍTULO VIII

Alvar Furient subió a lo alto de la cosmonave, a aquella especie de terraza inmensa donde grandes cosmobuses podían tomar contacto sin problemas y desembarcar a sus viajeros para que pasaran al interior de la macro-cosmonave Mitjanit-14-14.

Descubrió a Georgia sola, mirando en derredor.

—¡Georgia! —la interpeló.

—Ah, eres tú, Alvar.

El cambio operado en la joven era evidente, aunque el propio Alvar no estaba seguro de si podía volver a resurgir la niña mimada que Georgia llevaba dentro.

—¿Has visto algo especial?

—No, sólo la selva y a lo lejos, arena.

—Hay algo importante en lo que debes fijarte.

—¿Qué es? —preguntó ella, mirándole a los ojos.

—No hay sol, me refiero a una estrella-sol.

La joven Postgraduada paseó sus verdes ojos por el firmamento y al cabo admitió:

—Es cierto, no hay sol. ¿Cómo nos iluminamos, entonces?

—No lo sé, pero creo que la luz y el calor provienen del propio azul celeste que pienso que no es ilimitado.

—¿Insinúas que la capa de atmósfera que tenemos encima no es de un grosor considerable?

—Tengo una sospecha.

—¿Cuál?

—Voy a comprobarlo por mí mismo antes de decir nada a nadie.

—¿Puedo acompañarte?

—Voy a correr riesgos.

—No tengo por qué correr menos riesgos que los demás. Por otra parte, si nos quedamos aquí, ya estamos todos condenados. Mi padre no cesa de pensar en la autodestrucción total ya que nos hallamos en situación de prisioneros de esos desconocidos que son los luomp.

—Si tu padre programa la autodestrucción total, estará cumpliendo con su deber. Aunque nosotros nos vayamos a desintegrar no podríamos reprochárselo pues así fue programado desde el principio para esta misión tan especial.

Se internaron en la cosmonave.

Morgan tenía el rostro alargado, la preocupación le devoraba por dentro.

—Morgan, vamos a salir con la lanzadera para hacer una inspección aérea del entorno.

—¿Van a salir, quiénes?

—Georgia y yo.

—¿Georgia?

—Sí, papá, yo le acompaño.

—¿Por qué tú?

—Porque me parece bien acompañarle. No tengo que consultarte cada decisión que tome, ¿verdad? Soy mayor de edad.

Mortan tuvo el impulso de replicar, pero se tragó la repica, no obstante, cogió por el brazo a Alvar Furient y le dijo:

—Quiero hablar con usted reservadamente.

—Bien.

Salieron de la sala de mandos desde cuyas ventanas se podía contemplar el entorno, un entorno en el que no había estrellas. Precisamente, la Mitjanit-14-14 había sido construida para ver siempre y en todo momento, a través de los amplios y bien protegidos ventanales, miríadas de estrellas.

—Ahora que ya no nos puede oir nadie… —no obstante, miró en derredor para asegurarse.

—Adelante, Morgan.

—No me fío de la computadora central de la cosmonave.

—Hace bien. Esos luomp poseen alguna forma de radiación desconocida para nosotros que afecta a nuestros sistemas electrónicos, aunque no sé hasta qué punto. Dorakis y Mina están tratando de averiguarlo para saber qué posibilidades nos quedan de reaccionar con autonomía propia con esta cosmonave, aunque me temo que serán muy escasas o prácticamente nulas.

—He programado el sistema multidetonante de las superbombas termonucleares, me estoy refiriendo al sistema de alta seguridad de las propias superbombas que es autónomo y está desligado de la computadora central.

—Sabía que existía ese dispositivo de alta seguridad y utilizable como último recurso.

—Así es, y ya está listo.

—¿Cuándo entrará en funcionamiento ese detonante de alta seguridad?

—Trescientos segundos después de que haya sido pulsado su botón rojo.

—Trescientos segundos no es mucho tiempo para alejarse. De todos modos, no lo conseguiríamos de ninguna de las maneras.

—Si las superbombas estallan, es obvio que nosotros nos desintegraremos, pero el ojo galáctico también desaparecerá, formará parte de la bola ígnea en que nos transformaremos.

—Sí, es evidente que si las superbombas estallan no se va a salvar nadie, ni ellos ni nosotros.

—Furient, le mostraré dónde está el botón rojo de seguridad.

—¿Pretende que lo pulse yo?

—Sí —respondió, rotundo—. Ya sé que le han cogido unas ganas locas de vivir y no entiendo por qué.

—Todos tenemos deseos de vivir, Morgan.

—Mire, no discutamos ese punto. Estoy seguro de que usted es consciente y responsable de sus acciones y que si a mí me ocurre algo será usted quien en un momento de inminente riesgo pulsará el botón

rojo para que todo se destruya.

—Está bien, palabra que pulsaré el dichoso botón rojo si llega ese momento.

—Bien, ahora iba a pedirle algo más.

—¿El qué?

—Que programe a su maldito robot para lo mismo.

—¿A Pitroig?

—Sí, a ese endemoniado robot que parece tener alma.

—Es muy peligroso lo que me pide. ¿Cómo va a discernir él que la situación es totalmente desesperada? Quizás dialogando con los seres de Luomp lleguemos a un acuerdo y logremos salir del ojo galáctico para proseguir el viaje.

—Es usted muy optimista, Furient.

—Pienso que es imprescindible serlo.

—Está bien, pero, ¿programará a su robot?

—Sí, con una salvedad.

—¿Cuál?

—Ya se la contaré en otra ocasión.

—Quiero saberlo ahora.

—No. La responsabilidad de lo que haga Pitroig es mía.

—¿Qué trama, Furient?

—Dejar siempre abierta una posibilidad de salvación. Le veo a usted muy desesperado, Morgan.

—¿Y no es para estarlo? Nos hallamos en la peor situación en que podíamos encontrarnos en este viaje, somos prisioneros del ojo galáctico.

—¿No era usted quien no creía en el ojo galáctico?

—Por favor, no insista en lo mismo.

—De acuerdo, seamos pragmáticos. Es una realidad que somos prisioneros de los luomp y ahora, como cualquier animal encerrado en

una jaula, hemos de buscar alguna fisura, algún barrote más débil que otros para forzarlo y escapar.

—¿Cree que tendrán algún punto débil?

—Seguro, no hay nada que no tenga su talón de Aquiles. Lo que no sé es si llegaremos a descubrir cuál es el punto vulnerable de esos seres, sin duda alguna tecnológicamente superiores a nosotros.

—Nuestra única posibilidad de vivir es escapar. Si nos quedamos aquí, antes de consentir que ellos penetren en la cosmonave, la destruiremos con nosotros dentro, ésas son las órdenes.

—No lo olvidaré, Morgan, no lo olvidaré.

CAPÍTULO IX

Se levantó la gran trampa que ocultaba 1a entrada del hangar que poseía en su interior la gran cosmonave terrícola y apareció la proa de la estilizada, aerodinámica, veloz y potente lanzadera polivalente, un vehículo capaz de navegar en el espacio, si bien con un radio de acción no superior a los cinco millones de kilómetros.

También podía navegar por entre las atmósferas por densas que éstas fueran, a ras del suelo y penetrar en las profundidades de las aguas para navegar submarinamente.

Se despegó de la cosmonave y se alzó en oblicuo. Después, giró en círculo alrededor de la Mitjanit-14-14.

—Desde aquí arriba se ve perfectamente —le dijo Georgia, mirando en derredor a través de los cristales de las ventanillas y del parabrisas.

—Sí, estamos metidos en un oasis, rodeados de desierto por todas partes, pero, ¿qué hay al otro, lado del horizonte del desierto?

—No sé, podríamos tratar de averiguarlo.

—¿Te decides a que vayamos hacia el horizonte, en busca de lo desconocido?

—Naturalmente que sí, de lo contrario, no estaría aquí.

—Bien —abrió el canal de telecomunicación—. Mina.

—Sí, Alvar, te escucho perfectamente —respondió la voz de la cosmonauta.

—Ponemos en marcha el plan K-2.

—De acuerdo, estaremos alerta, suerte.

—Suerte para todos —respondió Alvar, y cerró la telecomunicación, seguro de que habrían sido escuchados por los seres de Luomp, que se hallaban en algún lugar desconocido para los terrícolas.

Sin demasiada velocidad para mejor escrutar cuanto había

alrededor del vehículo, avanzaron por el desierto dejando atrás el oasis donde quedara detenida la gran cosmonave terrícola.

Alvar detectó una anormalidad importante y Georgia lo captó.

—¿Qué ocurre, Alvar?

—No sé, la potencialidad energética de la lanzadera va decreciendo.

Georgia miró el medidor que descendía ostensiblemente.

—¿Alguna avería?

—No sé, pero habrá que dar la vuelta de inmediato; de lo contrario, corremos el riesgo de caer en pleno desierto.

En una maniobra amplía, Alvar hizo girar el vehículo lanzadera ciento ochenta grados, poniendo proa al oasis.

—¿Crees que llegaremos al oasis?

—No sé. El poder energético baja muy aprisa, es como si tuviéramos una fuga de energía muy grande.

—¡Alvar, mira! —exclamó Georgia, señalando el medidor de energía.

—Es curioso, ahora va subiendo.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé, voy a hacer otra comprobación.

Volvió a girar la lanzadera ciento ochenta grados, como yendo de nuevo hacia el horizonte que se perdía a lo lejos, en el desierto ignoto para ellos.

Volvieron a fijarse en el medidor de energía y Georgia indicó:

—Baja otra vez.

—Regresaremos al oasis.

—¿Qué crees que significa esta pérdida de energía evidente cuando nos dirigimos al horizonte?

—Pienso que es obra de los seres luomp, no quieren que lleguemos a lo que para nosotros constituye la línea del horizonte.

—¿Por qué?

—Si lo supiéramos, quizá conseguiríamos algo más de lo que hemos logrado hasta ahora; es obvio que poseen la facultad de succionarnos la energía cuando nos movemos en la dirección que ellos no desean que vayamos.

—¿Por qué ese interés en que no nos acerquemos?

—Más tarde o más temprano lo averiguaremos.

—Entonces, ¿por qué no haces otra prueba?

—¿Cuál? —preguntó Furient.

Georgia señaló hacia arriba.

—Comprueba si también nos tienen limitada la altura a la que podemos llegar con nuestros vehículos.

—Es una excelente idea, Georgia. Vamos a comprobarlo.

Alvar Furient puso proa al cielo azul celeste, como tratando de atravesar la atmósfera que les envolvía; mas, a medida que iba ganando altura, el medidor de energía descendía y el vehículo perdía fuerza.

—También nos han limitado la altura —gruñó Furient.

—Volvamos.

—Espera, veremos hasta qué altura podemos llegar.

—Será un riesgo muy grande si llega el momento que nos quedamos sin energía —opinó Georgia.

—Existe el riesgo de que caigamos, es cierto, pero vamos a intentarlo.

Ella le miró entre interrogante y dubitativa. Al fin, se apoyó bien contra el respaldo de su asiento y aceptando la situación, dijo:

—Haz lo que quieras, de todas formas, hemos de morir.

La aguja fue descendiendo y el vehículo perdiendo más y más fuerza hasta que vieron que la maldita saeta se clavaba en la zona roja.

—Cero —musitó la muchacha, sin mostrar nerviosismo, como aceptando ya su situación.

El vehículo lanzadera dejó de impulsarse hacia lo alto e, impotente para seguir, comenzó a caer de popa.

Georgia cerró lentamente los párpados, luego los entreabrió para mirar al hombre. Alargó su mano y cogió la de él.

—No temas, todavía no está todo perdido.

Mientras la lanzadera caía descontrolada, con el evidente destino de estrellarse contra las arenas del desierto, Furient consiguió dominarla y hacerle dar la vuelta poniéndola horizontal, cuando ya habían recuperado la energía, y fue lanzada violentamente hacia adelante, evitando así caer y morir estrellados.

—Alvar, Alvar —llamó insistente la voz de Mina a través del emisor—. ¿Qué ocurre, que os ocurre?

CAPÍTULO X

Se hallaban reunidos en la sala de mandos y todos los rostros reflejaban preocupación.

Allí sólo faltaba el robot Pitroig que iba de un lado a otro, atento a cualquier posible anormalidad.

—Si ellos nos tienen aquí controlados e impiden que avancemos hacia el horizonte, ¿qué hemos de hacer?

—Esperar a que vuelva a aparecer uno de esos seres, a ver si nos explica io que pretenden —opinó Mina.

—Eso es estar en sus manos.

—Si veo a uno de esos tipejos, lo voy a desintegrar con mi pistola polivalente —advirtió Dorakis—, así verán de lo que somos capaces.

—Creo que este lugar inmenso en el que nos encontramos es artificial.

—¿Un oasis falso? —se asombró Lewis.

—Sí, y también el desierto.

Morgan insistió:

—¿Realmente todo falso?

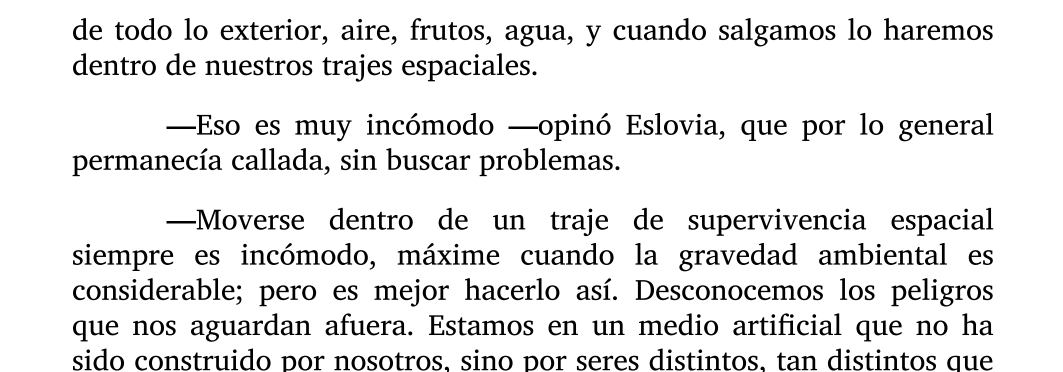
—Sí, para mí lo es. ¿Por qué, si no, limitan nuestras posibilidades de alejamiento?

—Si todo es artificial, ¿qué pretenden? —preguntó Georgia.

—No lo sé, pero sería bueno tomar toda clase de precauciones.

—¿Cuáles pueden ser exactamente esas precauciones? —inquirió Morgan.

—Como todo lo exterior es artificial, mejor utilizar nuestra propia artificialidad. Quiero decir que habremos de movernos dentro de la cosmonave con todos los servicios en funcionamiento como si estuviéramos navegando en el espacio. Prescindiremos absolutamente



de todo lo exterior, aire, frutos, agua, y cuando salgamos lo haremos dentro de nuestros trajes espaciales.

—Eso es muy incómodo —opinó Eslovia, que por lo general permanecía callada, sin buscar problemas.

—Moverse dentro de un traje de supervivencia espacial siempre es incómodo, máxime cuando la gravedad ambiental es considerable; pero es mejor hacerlo así. Desconocemos los peligros que nos aguardan afuera. Estamos en un medio artificial que no ha sido construido por nosotros, sino por seres distintos, tan distintos que debido a la situación en que nos hallamos debemos considerarlos nuestros enemigos.

—¿Pero, nuestra limitación nos ha de obligar a esperar a ver lo que sucede? — preguntó Morgan.

—No soy partidario de eso. Ellos nos han metido dentro de este oasis que pienso que es artificial, en realidad es como una monumental celda donde no se ven los barrotes. Esto no es el paraíso, está muy lejos de serlo. No nos pueden engañar tan fácilmente y si lo han creído, están equivocados.

—Pero, ¿cómo podemos tomar la iniciativa? —preguntó Morgan.

—Dividiremos la expedición en dos grupos, uno se quedará aquí, en la cosmonave, el otro partirá.

—¿Hacia dónde? —preguntó Georgia.

—Hacia el horizonte.

—¿Cree que con esa expedición hacia el horizonte va a conseguir algo? —preguntó Morgan.

—No lo sé, pero si nos quedamos quietos aquí conseguiremos menos, muchísimo menos.

—A mí me parece bien —dijo Dorakis—. Si escogen ellos el lugar de la batalla estamos perdidos.

—Ya lo han escogido —le respondió Eslovia—. Estamos en su terreno, sin poder escapar.

—A mi me parece bien, pero siempre advirtiendo que si sucede algo irreparable nos autodestruiremos. No se trata de un suicidio, sino de un plan preconcebido. No podemos dejar que seres extraños, sean

quienes fueren, se apoderen de las superbombas que llevamos en la cosmonave.

—Morgan, usted puede permanecer aqui con el grupo que se quede al cuidado de la cosmonave.

—¿Llevará usted el grupo de marcha?

—Sí, con usted se quedarán las mujeres.

—No —protestó Georgia.

—Será mejor que sí —puntualizó Furient, y explicó después—: Posiblemente tengamos que llevar a cabo una larga y penosa marcha metidos dentro de nuestros trajes espaciales, una larga marcha sin comer. Sólo beberemos con la bolsa que llevamos dentro del propio traje espacial y cuyo contenido debemos succionar mediante el tubo adecuado. Nos moveremos como si nos halláramos en el espacio sideral, aunque nos cueste más avanzar.

—¿Y armas? —preguntó Dorakis.

—Llevaremos las más potentes; también llevaremos un cañón láser transportable. La marcha será pesada, por eso debemos ir los más fuertes, los capaces de resistirla. Dorakis, Tylor, vosotros vendréis conmigo. Tú, Claude, que conoces perfectamente la cosmonave, colaborarás con Mina para que nada falle a bordo mientras yo estoy ausente.

—¿Y el robot? —preguntó Morgan.

—Nos lo llevaremos, él puede transportar el cañón.

Prepararon minuciosamente su plan, un plan que, sin duda alguna, habría de sorprender a los seres de luomp que no esperarían aquella actitud por parte de los terrícolas que estaban dispuestos a luchar hasta el fin, aunque en la lucha fuera implícita su propia destrucción. El miedo no circulaba por sus venas.

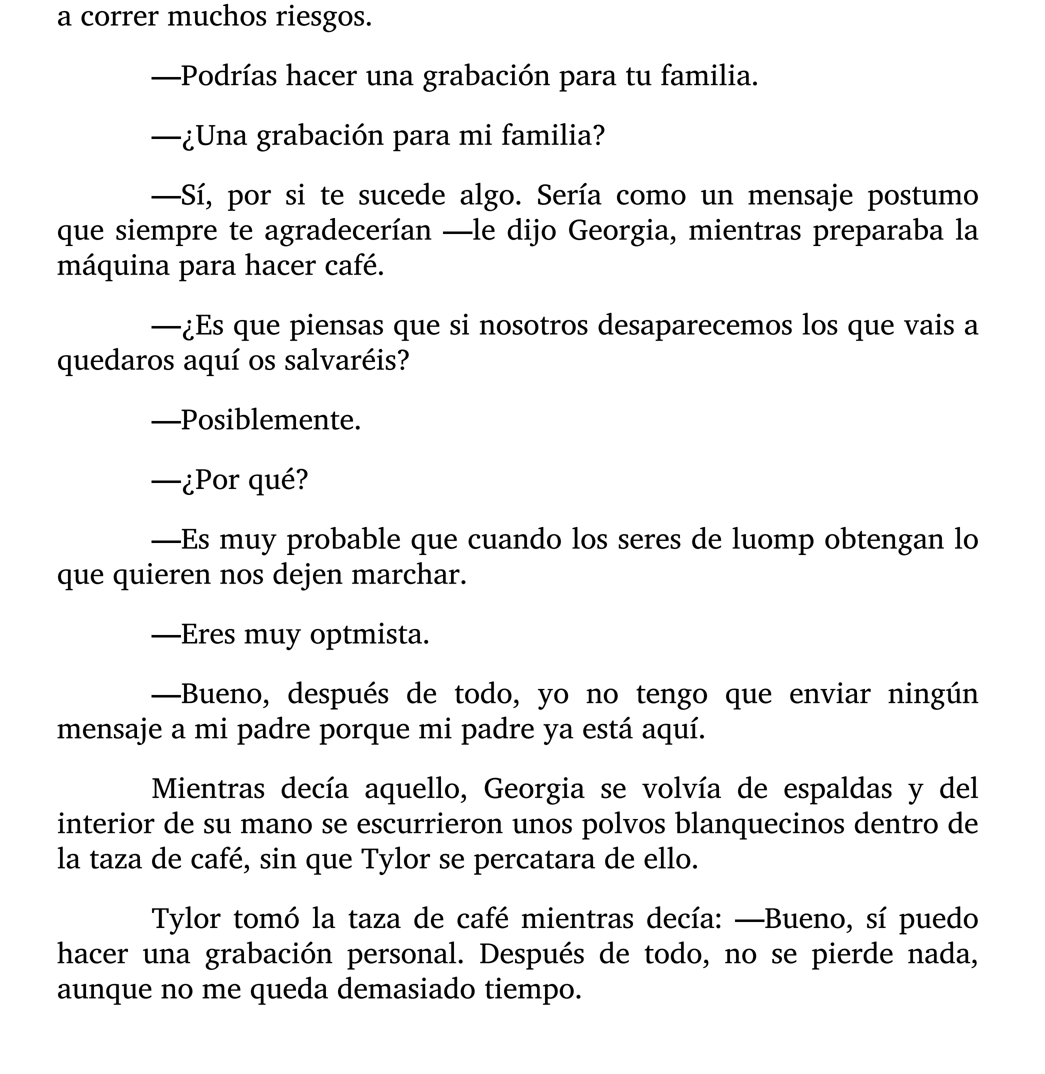
CAPÍTULO XI

—¿No te dejas nada, Tylor?

Tylor miró a Georgia, interrogante.

—¿Qué me voy a dejar?

—La expedición es muy peligrosa, puede que sea el fin para todos.



—Cuando se emprende un viaje espacial ya se sabe que se van a correr muchos riesgos.

—Podrías hacer una grabación para tu familia.

—¿Una grabación para mi familia?

—Sí, por si te sucede algo. Sería como un mensaje postumo que siempre te agradecerían —le dijo Georgia, mientras preparaba la máquina para hacer café.

—¿Es que piensas que si nosotros desaparecemos los que vais a quedaros aquí os salvaréis?

—Posiblemente.

—¿Por qué?

—Es muy probable que cuando los seres de luomp obtengan lo que quieren nos dejen marchar.

—Eres muy optmista.

—Bueno, después de todo, yo no tengo que enviar ningún mensaje a mi padre porque mi padre ya está aquí.

Mientras decía aquello, Georgia se volvía de espaldas y del interior de su mano se escurrieron unos polvos blanquecinos dentro de la taza de café, sin que Tylor se percatara de ello.

Tylor tomó la taza de café mientras decía: —Bueno, sí puedo hacer una grabación personal. Después de todo, no se pierde nada, aunque no me queda demasiado tiempo.

—Tómate el café, yo te preparo la grabadora. Pon buena cara para que te puedan ver y oír bien tu famiiia, tus amigos.

Tylor sonrió, sarcástico.

—¿Mientras piensan que ya estoy muerto?

—Hombre, hay que tomarse las cosas con sentido del humor.

Georgia preparó la pequeña grabadora portátil de videotape. Tylor comenzó a grabar, pero su voz se fue haciendo más y más estropajosa mientras se le cerraban los ojos y su rostro se sonrojaba como si tuviera un exceso de calor.

—Creo que será mejor que te duermas, Tylor.

—¿Dormir? No, no —dijo pesadamente, mientras se le doblaba la cabeza—. Tengo que salir en la expedición, me esperan.

—Le diré a Claude y a mi hermano que vengan a buscarte para que te metan en la litera.

—¿Hablabas de mí, hermanita? —preguntó Lewis, apareciendo en aquel momento.

—Ah, estabas ahí. Mira, Lewis, Tylor se ha puesto súbitamente enfermo.

—¿Qué le pasa, es grave?

—No, no creo. Se ha sentido mal de pronto, creo que es un poco de fiebre.

—¿Habrá que avisar a papá?

—Sí, luego lo avisas, yo tengo que marcharme ahora.

—¿Adonde?

—La expedición está a punto de partir.

—Pero tú no vas en ella.

—Ya lo sé, es Tylor.

—Espera, Georgia… ¿Qué estás tramando?

—¿Qué sucede? —preguntó en aquel instante el supercomisionado Morgan, apareciendo en la dependencia.

—Papá, Tylor se ha puesto un poco enfermo.

—¿Enfermo?

—Sí, creo que no es grave. Se ha dormido y tiene un poco de fiebre.

—Lewis, ¿a qué esperas para llevarlo a la cama?

—Papá, pesa.

—Yo te ayudaré.

—Adiós, papá; adiós, Lewis —se despidió, mientras ambos cargaban con el cuerpo inconsciente de Tylor.

Georgia no tardó en reaparecer embutida en su traje de supervivencia espacial y se introdujo en el vehículo lanzadera donde ya estaba instalado Pitroig en su parte posterior.

—Bienvenida a bordo, bienvenida a bordo.

—Cállate, van a oírte.

Dorakis y Alvar Furient aparecieron allí también con armas. Furient, al verla a ella, preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Tylor se ha puesto enfermo y le relevo yo.

—¿Tylor enfermo?

—Sí, no sé si estará en su camarote.

—Pronto lo averiguaremos —dijo Furient receloso y con el ceño fruncido. Abrió el canal de intercomunicación y llamó—: Morgan, Morgan, ¿me escucha? Soy Furient. Morgan ¿me escucha...?

—Sí, Furient, le oigo —respondió la voz del supercomisionado.

—¿Dónde está Tylor?

—En su camarote, parece que ha enfermado súbitamente.

—¿Qué le pasa?

—Está inconsciente y con algo de fiebre, no creo que sea nada grave.

—¿Le ha aplicado el chequeador electrónico?

—Se lo acabamos de poner. Los resultados los tendremos en pocos minutos, pero no creo que sea grave.

—Cualquier anormalidad hay que tenerla en cuenta. Lo que le ocurra a un miembro de la expedición puede pasarnos a todos, y sería muy grave que todos perdiéramos el sentido.

—Tiene razón, Furient. Un momento, Lewis me da los primeros resultados...

—Espero.

Pasaron unos segundos de silencio. Al fin, Morgan comunicó:

—Ligera intoxicación por materia desconocida. Sus efectos durarán en el organismo tres o cuatro horas, parece que no afecta a ningún órgano. Debe tratarse de una leve intoxicación por causas desconocidas.

—Bien. Si ha de recuperar pronto el sentido, no es grave, pero procuren vigilar la causa de la intoxicación.

—¿Ves cómo no te he mentido? —inquirió Georgia, haciéndose la ofendida.

—Es cierto, Tylor se encuentra mal, pero ignoramos porqué.

—¿Qué importa ahora? Lo que hay que hacer es poner en marcha la expedición. Mi padre está nervioso y no habla de otra cosa que de aplicar la autodestrucción total. Moriremos nosotros pero también desaparecerán del cosmos los seres que viven dentro del ojo galáctico, no se salvará nadie.

—Georgia tiene razón —opinó Dorakis—. Hay que darse prisa. No sé cuánto tiempo más aguantará Morgan antes de destruirlo todo. Creo que si los luomp se dieran cuenta de la situación crítica en que nos hallamos nosotros y ellos, nos dejarían marchar.

—De acuerdo, emprendamos la marcha, pero te advierto, Georgia, que la expedición será muy fatigosa. Quizás no puedas llegar hasta el fin y si eso ocurre...

—Dejadme en el camino, dejadme caer donde me arrodille. No os lo reprocharé. Vosotros seguid adelante.

—Es valiente la chica —rezongó Dorakis.

Alvar gruñó:

—Al diablo con las precauciones.

La lanzadera salió de la macrocosmonave Mitjanit-14-14 y pasó por encima de las copas de los árboles.

Saltó al desierto descendiendo en altura hasta los tres metros, pues no había obstáculo alguno contra el cual poder chocar.

Aceleró al máximo.

Los tres viajaban embutidos en trajes espaciales, para no verse obligados a respirar el aire del exterior.

Aunque parecía perfecto, recelaban de él, ya que era considerado artificial y no se descartaba la posibilidad de que contuviera alguna materia gaseosa o líquida en suspensión que pudiera afectarles de alguna forma ignorada hasta aquel momento.

A medida que se alejaban, comenzó a producirse la disminución en el poder del núcleo energético del vehículo-lanzadera.

—El medidor baja —observó Georgia.

—Sí, ya lo veo —admitió Furient.

—¿Qué fuerza puede actuar en nuestros núcleos energéticos? —preguntó Dorakis.

—No lo sé, pero debe de tratarse de una fuerza negativa enviada a distancia y de forma invisible.

—Detendré la lanzadera cuando falten unas décimas para que se clave la aguja en el cero.

—Mejor, así podremos dar la vuelta —opinó Dorakis.

La velocidad fue aminorando hasta que la lanzadera casi se detuvo.

El propio Alvar Furient la frenó antes de que llegara a cero total y consiguió darle media vuelta.

—Listos, esto ya no llega más lejos —gruñó Furient.

—Ahora, el resto, a pie —dijo Dorakis, mirando el cegador horizonte donde sólo se veía arena y cielo.

Georgia no dijo nada. Sabía bien cuál era el camino que había elegido.

Viajar dentro del vehículo-lanzadera era la parte buena, sin esfuerzos; ahora llegaba la etapa dura, la etapa de caminar sobre la arena del desierto vestida con el pesado y engorroso traje espacial que limitaba sus movimientos.

Descargaron las armas y el cañón transportable.

Furient se encaró con Pitroig para decirle:

—Grabarás todo el camino para no equivocarnos al regreso.

—Orden recibida, orden recibida.

—Cargarás con el cañón.

—Orden recibida, orden recibida —respondía con voz monótona.

El robot cargó con el cañón láser como si éste careciera de peso, y luego, la pequeña expedición compuesta por los tres terrícolas y el robot electro-mecanobiónico comenzó a caminar.

—¿Qué distancia puede haber hasta el final? —preguntó Georgia.

—Podría parecer infinita si estuviéramos en el planeta Tierra; pero aquí no creo que esté más allá de dos o tres o a lo sumo seis kilómetros.

—El horizonte está muy bien disimulado —observó Dorakis.

—Puede ser que los luomp crean que somos más estúpidos de lo que realmente somos —dijo Georgia.

—Esperemos que sí —deseó Dorakis.

Caminar sobre la arena resultaba monótono y bastante pesado.

No tardaron en dejar de ver a simple vista la lanzadera que había quedado perfectamente cerrada.

—¡Pitroig!

—Pitroig a la escucha, Pitroig a la escucha.

—Camina adelante. Que no perdamos la perpendicular hacia la línea del horizonte. Sería muy poco divertido que comenzáramos a dar vueltas y vueltas.

—Orden recibida, orden recibida.

Georgia comenzó a saber lo difícil de aquella caminata por el desconocido desierto, con el pesado equipo envolviéndoles.

Cada paso allí era como diez pasos en un desierto del planeta Tierra, y en éste, sin ninguna clase además de impedimentos.

—¿Cansada? —le preguntó Furient.

—Estoy preparada para aguantar. El ejercicio físico es una de las más duras asignaturas para poderse graduar en cosmonáutica.

—Es cierto. Cuando no puedas avanzar, será mejor que lo digas, tampoco tenemos por qué dejar de descansar.

El horizonte, que tan sólo era una línea para ellos, semejaba burlarse como si les advirtiera que jamás llegarían a él.

De pronto, Dorakis advirtió:

—Pitroig, Pitroig se debilita...

—Esto es el fin —musitó Georgia, viendo cómo el poderoso robot se tambaleaba, incapaz de avanzar más pasos hacia el horizonte al que parecía estarle vedado llegar.

CAPÍTULO XII

—¿Cómo está Tylor? —preguntó Eslovia.

Lewis movió la cabeza en forma ambigua.

—Bien, no ha sido nada. Los efectos han sido como si hubiera tomado somnífero.

—¿Crees que se lo tomó adrede para no ir en la expedición?

—No creo, Tylor no es cobarde.

—Entonces, ¿cómo se lo puede haber tomado?

—No me extrañaría que la astucia de mi hermana hubiera tenido parte en este asunto.

—¿Tu hermana?

—Sí, pero no hablemos de ello, sólo son sospechas.

—Está bien, pero tengo otra cosa que decirte.

—¿Cuál? —inquirió interesado.

Eslovia hizo un pequeño mohín con los labios gordezuelos. Sabía que el movimiento de sus labios sensuales gustaba mucho a Lewis, que le producía sensaciones obviamente detecíables.

—¿Qué es lo que deseas, Eslovia?

—Tenemos nuestro turno de descanso, ¿no es así?

—Sí, claro. Lo mejor es que durmamos un poco para estar frescos y despejados luego, en óptimas condiciones para el trabajo.

—Lewis, eres un tonto.

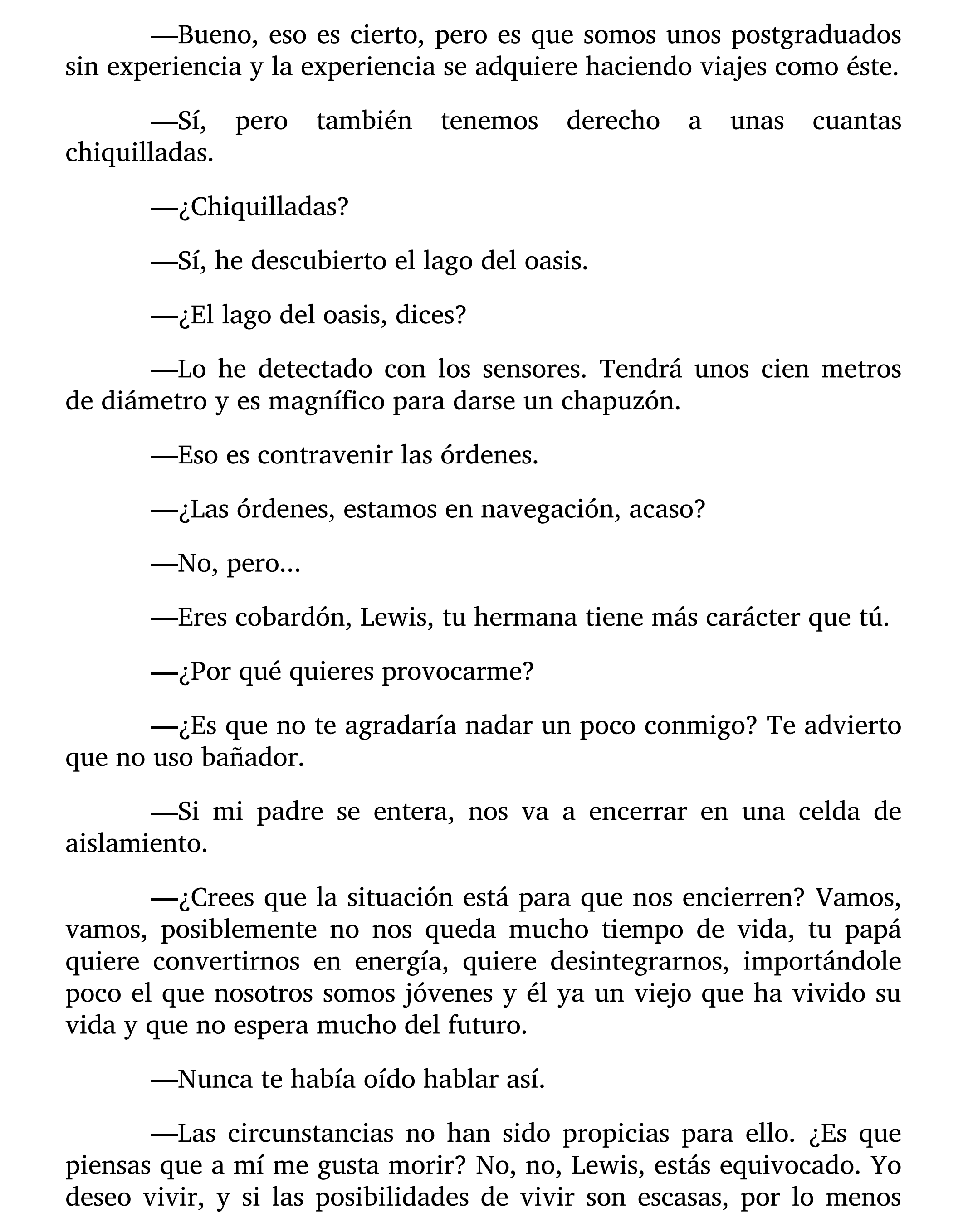
—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Qué crees que hacemos los postgraduados en esta cosmonave con misión tan peligrosa?

—Aprender.

—¿A morir?

—Quizás.



—Convéncete de que nadie se fía de nosotros. Nos tienen para simple observación. Cualquier robot no humanoide podría hacer lo mismo.

—Bueno, eso es cierto, pero es que somos unos postgraduados sin experiencia y la experiencia se adquiere haciendo viajes como éste.

—Sí, pero también tenemos derecho a unas cuantas chiquilladas.

—¿Chiquilladas?

—Sí, he descubierto el lago del oasis.

—¿El lago del oasis, dices?

—Lo he detectado con los sensores. Tendrá unos cien metros de diámetro y es magnífico para darse un chapuzón.

—Eso es contravenir las órdenes.

—¿Las órdenes, estamos en navegación, acaso?

—No, pero...

—Eres cobardón, Lewis, tu hermana tiene más carácter que tú.

—¿Por qué quieres provocarme?

—¿Es que no te agradaría nadar un poco conmigo? Te advierto que no uso bañador.

—Si mi padre se entera, nos va a encerrar en una celda de aislamiento.

—¿Crees que la situación está para que nos encierren? Vamos, vamos, posiblemente no nos queda mucho tiempo de vida, tu papá quiere convertirnos en energía, quiere desintegrarnos, importándole poco el que nosotros somos jóvenes y él ya un viejo que ha vivido su vida y que no espera mucho del futuro.

—Nunca te había oído hablar así.

—Las circunstancias no han sido propicias para ello. ¿Es que piensas que a mí me gusta morir? No, no, Lewis, estás equivocado. Yo deseo vivir, y si las posibilidades de vivir son escasas, por lo menos

quiero gozar de mis últimos momentos. Es lo que desearía cualquiera en nuestras mismas circunstancias, ¿no?

—Bueno, eso es cierto.

Eslovia le rodeó el cuello con sus manos y lo besó en plena boca.

Fue un beso prolongado y jugoso, un beso que tuvo la facultad de acelerar la circulación de la sangre dentro de las venas de Lewis.

—¿Me acompañarás? —preguntó con una voz dulce preñada de sensuales presagios.

—Claro.

—Entonces, vamos.

—Espera, nos llevaremos un arma y el telecomunicador para advertir si ocurre algo, y también para poder oír si nos llaman desde aquí.

—De acuerdo. Será como una pequeña escapada por entre esta selva que es el oasis. No hay animales, ya lo hemos comprobado; por lo tanto, no correremos ningún peligro. Y además, todos creerán que estamos durmiendo mientras disfrutamos de un chapuzón.

—¿Sólo un chapuzón? —preguntó Lewis intencionadamente.

Ella se echó a reír; sus ojos estaban cargados de promesas.

Sin ningún traje espacial de protección, como dos chiquillos que se escapan de la escuela, Lewis y Eslovia descendieron por una escalerilla accesoria que les permitió llegar hasta el suelo.

Se filtraron entre los huecos exteriores del fuselaje de la Mitjanit-14-14 hasta introducirse en el verdor de la selva que les ocultó por completo, aunque los detectores de infrarrojos podían detectarlos.

—¿Sabes por dónde vamos? —preguntó Lewis, yendo tras Eslovia, que parecía tener alas en los pies.

—No te preocupes, tengo el camino medido.

Como si hubieran recorrido en múltiples ocasiones aquel sendero entre la vegetación carente de animales, Eslovia y Lewis avanzaron rápidamente.

Tras ellos, ya no se veía la cosmonave cuando descubrieron el lago del oasis, un lago de aguas brillantes como un espejo y que daba vida a la vegetación circundante.

—¿Ves como es muy hermoso?

—Sí, pero no hay sol.

—La luz es más que suficiente. Nos daremos un chapuzón, estaremos un rato retozando sobre esta húmeda hierba y luego regresaremos. Nadie se va a enterar de que hemos estado aquí. Después de todo, si vamos a morir, ¿quién nos puede impedir que disfrutemos un poco?

—Nadie, claro.

Lewis fue el primero en despojarse de cuanto llevaba encima y lanzarse a aquellas atrayentes aguas que parecían nítidas y refrescantes.

Para cualquier terrícola cosmonauta, después de un largo viaje espacial, una de las cosas que más ejercía una violenta atracción sobre ellos era un lugar con agua y óptimo para nadar, como si de esta forma regresara a sus más remotas raíces.

Eslovia nadó en torno a él. Parecía tener ligereza física superior a la de Lewis, que trataba de apresarla sin conseguirlo.

—Vamos, cógeme y seré tuya —reía, provocándolo.

Hubo un instante en que estuvo a punto de ser cogida por las manos de Lewis, pero ella se zambulló y él la siguió hasta cogerla por los pies. Luego ambos subieron a flote.

—¡Te cogí! —gritó él resoplando.

—¡Salgamos!

Salieron, pero entre ellos, sus ropas, su arma y el emisor-receptor convergieron de pronto varios rayos que les asustaron y les hicieron retroceder.

—Lewis, ¿qué es eso? —gritó Eslovia, cogiéndose a él.

Los cuerpos desnudos de ambos jóvenes chorreaban agua.

Dos seres luomp se materializaron frente a ellos.

Al ver aquellos cuerpos tan delgados y negros que parecían

varias serpientes unidas, con aquellas cabezas grandes y redondas, al parecer protegidas con algo metálico que brillaba, Eslovia se horrorizó.

Lamentó haber salido de la cosmonave, pero ya era tarde. Los luomp estaban frente a ellos y les habían sorprendido.

—¿Qué queréis —rugió Lewis, arrogándose un valor que no estaba seguro de sentir.

Eslovia balbuceó:

—¿Qué nos harán?

—¡Abrid paso! —exigió el muchacho, apartándose de Eslovia.

En un arranque de furia, quiso llegar hasta el arma, pero aquellos brazos que eran como tentáculos se enroscaron en su cintura y garganta al mismo tiempo, inmovilizándolo.

—¡Eslovia… agggg!

La muchacha, horrorizada, retrocedió hasta las aguas pretendiendo buscar refugio en ellas.

CAPÍTULO XIII

Alvar Furient consiguió detener al robot Pitroig que no había llegado a caer.

Mirándole, era como si se hubiera convertido en una extraña estatua de metal en mitad del desierto.

—Podemos aprovechar para descansar un poco aquí —propuso Alvar Furient.

Se sentaron, lo cual Georgia agradeció profundamente.

Acercó sus labios al tubito a través del cual podía absorber y bebió de aquella agua incorporada en una bolsa adecuada y adaptada al interior del traje espacial.

De este modo, para saciar la sed no se veían obligados a quitarse el casco espacial que les aislaba de cualquier virus, radiación exterior u otros múltiples peligros que podían acecharles.

—¿Qué haremos ahora con el cañón si hemos de abandonar aquí a Pitroig? —preguntó Dorakis.

—Lo llevaremos entre tú y yo.

—Yo también puedo ayudar —dijo Georgia.

—Sí, claro que sí, llevarás nuestras armas.

—Sí, las llevaré.

Reanudaron la marcha. El robot Pitroig quedaba atrás, detenido, como algo extraño plantado en el desierto.

Georgia le lanzó una última ojeada.

Ella iba cargada con los tres fusiles y los dos hombres cargaban con el cañón láser.

Los tres ignoraban cuál sería el final de aquella expedición, una expedición hacia la muerte, posiblemente.

¿Quedarían detenidos ellos también por el poder negativo de los luomp como les ocurría a los vehículos o al mismísimo Pitroig que

tras vacilar había tenido que ser inmovilizado para que no se derrumbara sobre la arena?

La marcha se hacía eterna, la línea del horizonte siempre parecía la misma. ¿Dónde terminaría? ¿Qué habría después del desierto?

Eran demasiadas preguntas sin respuesta y los tres terrícolas, dos hombres y una mujer, avanzaban paso a paso, penosamente, buscando una solución para su terrible problema,

Furient había tenido deseos en varias ocasiones de comunicarse con el supercomisionado Morgan, que permanecía a bordo de la Mitjanit-14-14, pero por fin había decidido no hacerlo.

Habían acordado comunicarse el mínimo imprescindible para no ser detectados por los luomp, aunque todos sabían que como caminantes en el desierto serían rápidamente descubiertos si los luomp estaban vigilando.

—¡Quietos!

La orden acababa de darla Furient, que avanzaba el primero.

Georgia, fatigadísima, costándole grandes esfuerzos dar cada paso, también se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó Dorakis.

—Hemos llegado —respondió Furient.

—¿Llegado, adonde? —inquirió Dorakis.

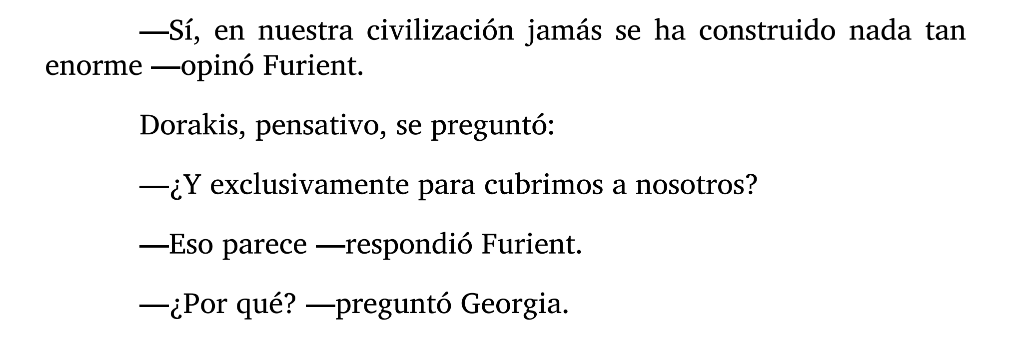
—Al fin del horizonte. Todo era artificial, me lo temía. Tocad, lo que parece cielo lejano, está delante de nosotros. Es falso, una pared pintada de azul celeste que semeja un cielo con atmósfera.

Dorakis se acercó al punto donde el suelo se unía con el firmamento, en la línea del horizonte que era falsa. Palpó el falso cielo con sus manos enguantadas.

—¡Es cierto, es artificial!

—Nos cubre una gran bóveda pintada de azul como si se tratara de nuestra atmósfera terrestre.

—Este cielo es como una gigantesca campana sobre nosotros —musitó Georgia.



—Sí, en nuestra civilización jamás se ha construido nada tan enorme —opinó Furient.

Dorakis, pensativo, se preguntó:

—¿Y exclusivamente para cubrimos a nosotros?

—Eso parece —respondió Furient.

—¿Por qué? —preguntó Georgia.

—No lo sabemos aún, pero da la sensación de que es una macrotrampa espacial.

—¿Una trampa para capturar naves terrícolas? —preguntó Georgia.

—Terrícolas u otras, no sabemos.

—¿Y qué haremos ahora? —inquirió Dorakis.

—Sí, ¿qué haremos ahora? —suspiró Georgia, sombría y exhausta—. ¿No podremos escapar?

—Eso está por ver —replicó Furient con viveza—. No vamos a someternos a los luomp. Ellos poseen una tecnología superior a la nuestra, eso es evidente, pero ya veremos si también poseen nuestra agresividad cuando se trate de defendernos.

—¿Cuál es tu idea? —quiso saber Dorakis.

—Pronto lo sabrás. Atención, atención, Morgan, ¿me oye? —llamó por el telecomunicador.

—Aquí Morgan, escucho perfectamente, Furient.

—En marcha plan K-10, en marcha plan K-10. ¿Comprendido?

—Sí, en marcha plan K-10… ¿Es grave la situación?

—Puede serlo dentro de poco, estén preparados.

—¿Qué va a hacer?

—Se lo diré cuando esté hecho.

—Furient, medite bien lo que va a hacer —le exigió Morgan.

Furient no quiso explicar más a Morgan. Tenía que ser una sorpresa para todos.

Él había tenido la sospecha de lo que en realidad había ocurrido, una sospecha que había adquirido consistencia al dirigirse hacia el horizonte o a lo alto de aquel cielo siempre celeste, sin sol, sin luna, sin estrellas, ni noche, constantemente iluminado.

Era ni más ni menos que un amplísimo recinto, un gigantesco terrario donde habían sido confinados los terrícolas con su Mitjanit-14-14, una cosmonave gigantesca que, comparada con las dimensiones del ojo galáctico, resultaba pequeña, y casi insignificante.

—Retrocedamos.

—¿Hasta dónde? —preguntó Dorakis.

—Un trecho prudencial.

Retrocedieron, ahora ya sabían que aquel horizonte tenía fin.

Allí se unía sólidamente el cielo con el suelo del desierto, como los ángulos rígidos de un terrario todo de cristal.

Posiblemente en esos momentos estarían siendo observados desde el exterior.

Cuando hubieron retrocedido un centenar de pasos, como si derrotados se dispusieran a regresar a Dorakis donde habían dejado su cosmonave, Furient dijo:

—Es suficiente.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Dorakis.

—Emplacemos el cañón.

—¿Vamos a disparar? —inquirió Georgia.

—Sí.

—¿Contra la pared?

—Sí.

—¿Y si no hay nada detrás?

—Pronto lo sabremos.

—Esto es jugárselo todo a una sola carta —gruñó Dorakis.

Se hablaban siempre por los microemisores de corta distancia que llevaban incorporados cada uno dentro de los yelmos espaciales.

—Si, lo sé, pero Morgan ya ha cerrado todas las compuertas de la Mitjanit-14-14. La súbita y violenta desaparición de la atmósfera no perjudicará a la cosmonave en absoluto, al contrario, quedará en todas sus óptimas condiciones. Y respecto a nosotros, los tres llevamos trajes espaciales. ¿Qué más puede pasar?

—¿Que qué puede pasar? Que todo este monumental terrario, celda o trampa en la que estamos metidos y encerrados, rompa su equilibrio y salte hecha pedazos.

—Sí, ése es un riesgo, pero no voy a dejar de correrlo. Que cada uno de nosotros tenga su arma preparada, no sabemos lo que puede suceder a partir de ahora. Ha llegado el momento de la verdad. Nos vamos a jugar todo a una carta como has dicho tú, Dorakis.

—Pues por mí, vale.

Furient miró a Georgia y ésta asintió.

—Por mí, también.

—Eres muy valiente, Georgia. Sabes perfectamente que 1o que vamos a hacer ahora puede significar el fin de todo.

—Lo sé, pero es tu decisión y a mí me parece acertada.

—Entonces, adelante —dijo Furient.

Sostuvo en el suelo el cañón láser con el trípode adecuado.

Montó la pesada caja de energía que se acoplaba en la parte posterior del cañón y apuntó hacia la pared celeste, al falso cielo, a un metro de altura.

Jamás en la vida había tenido un blanco tan perfecto.

—¿Listos?

Dorakis y Georgia asintieron y aquél fue el momento en el que el dedo de Alvar Furient oprimió con fuerza y seguridad el botón rojo de disparo del cañón láser.

Brotó el grueso rayo rectilíneo chocando con la pared que no habría de resistírsele.

Los tres permanecían tensos, el fin estaba a pocos segundos de ellos.

CAPÍTULO XIV

El azul celeste de la pared enrojeció, mas no fue fácil. Aquella pared que simulaba el engañoso cielo era muy resistente; sin embargo, finalmente cedió y se abrió un boquete.

Al otro lado del agujero se vio algo oscuro, pero Furient observó:

—Detrás de esa pared celeste aún no se ve el cosmos.

Georgia preguntó:

—¿Qué hay pues?

—No lo sé, pero vamos a fastidiarlos.

Dorakis inquirió:

—¿Cómo?

—Ahora, arriba.

—¿Más agujeros? —preguntó Georgia.

—Sí, les dejaremos su trampa terrario convertida en queso de Gruyere. Ellos no saben lo que es eso del queso, pero no tardarán en averiguarlo.

Cambió la dirección del cañón, apuntando hacia lo alto.

No había límite para el disparo del cañón láser, y de nuevo Furient volvió a pulsar el botón rojo de disparo.

Un punto de aquel cielo se enrojeció y trató de resistir hasta que se abrió un boquete de casi diez metros cuadrados.

—¿Cómo es que el cañón láser funciona y los vehículos, incluido el robot, no? —preguntó Georgia.

—Es otro tipo de energía. Veamos qué más podemos hacerle.

—¿Otro disparo? —pregunto Dorakis divertido.

—Sí, hacia nuestra derecha.

—¿A ras del suelo?

—Sí.

Otro agujero se abrió al final de la línea del horizonte, y luego otro, y otro, y otro, hasta un total de diez.

—Ahora ya tenemos un montón de salidas para escapar.

—¿Nos retiramos hacia la cosmonave? —interrogó la joven.

—No, ahora hay que entrar al asalto, con las armas por delante. No sé cuánto resistiremos, pero así lo haremos.

—¿Y dejaremos el cañón aquí? —preguntó Dorakis—. Ten en cuenta que los luomp pueden apoderarse de él y utilizarlo en contra nuestra. Ellos poseen algún sistema para succionar nuestra energía, pero quizá carezcan de armas defensivas de este tipo.

—Lo dudo —dijo Furient—. De todas maneras, tú podrías quedarte aquí.

—¿Yo? —repitió Dorakis.

—Sí, sigue disparando. Haz todos los agujeros que puedas, y si ves venir hacia ti a los luomp, a cuerpo descubierto o en vehículos, dispárales.

—¿Sin contemplaciones?

—Cuando un prisionero quiere escapar, no puede tener contemplaciones con quienes se lo impiden.

—De acuerdo.

—¿Le explicamos a papá lo ocurrido? —preguntó Georgia.

—Sería largo de explicar.

—Alvar, yo voy contigo adonde sea.

—Si no fuera porque entre nuestras caras están los cristales de los cascos, te besaría.

—Lo dejaremos para otro momento.

—Seguro que sí. No vamos a tolerar que esos luomp nos frustren el futuro. Por cierto, tengo que decirle algo a tu padre.

—¿El qué?

—Morgan, Morgan, le habla Furient...

—Le escucho —respondió de inmediato la voz de Morgan—. He visto el agujero del cielo. ¿Qué significa?

—Que es un techo falso, lo mismo que las paredes. No sé cómo explicarlo, pero estamos dentro de una monumental jaula y nosotros le estamos haciendo con el cañón algunos agujeritos. Georgia y yo vamos a pasar al otro lado de uno de esos agujeros.

—¿Para qué?

—No será para buscar ratones. Si no volvemos, traten de escapar como puedan, pero retrase al máximo la autodestrucción total. En esta ocasión, los luomp no saben qué se ha metido en sus tripas.

—¡Furient, Furient!

—¿Qué le pasa, Morgan?

—¿Por qué, por qué Georgia va con usted?

—Porque lo he decidido yo, papá —exclamó ella, mezclando su voz en la conversación.

—Hija, suerte —dijo Morgan emocionado.

—Gracias, papá.

Cortaron la comunicación.

Dorakis comenzó a disparar en todas direcciones para abrir más agujeros. El emplazamiento era óptimo para hacer los disparos.

Furient y Georgia, con sus fusiles polivalentes entre las manos, avanzaron hacia uno de los agujeros abiertos en la pared por el cañón láser.

Al otro lado había una penumbra que casi podía calificarse de oscuridad.

Encendieron las luces que cada uno de ellos llevaba incorporada en el casco y avanzaron por un amplísimo corredor cuando frente a ellos vieron aparecer a varios seres luomp, contorsionando sus miembros tentaculares, pues no parecían otra cosa.

Furient fue el primero en abrir fuego contra ellos.

No dudó en hacerlo y los cinco seres luomp estallaron en minúsculos pedazos, fragmentándose de tal forma que apenas quedaba más rastro de ellos que un pequeño montón de desperdicios.

—Ahora sabrán que les atacamos —observó Georgia.

—Ellos han sido los primeros metiéndonos en su trampa. ¿Cuál iba a ser nuestro destino? Aún no nos lo han explicado.

Continuaron avanzando.

Aquellos seres que podían trasladarse de un lugar a otro, materializándose y desmaterializándose, no utilizaban vehículos para trasladarse; en cambio, los terrícolas seguían avanzando pesadamente a causa de sus trajes espaciales.

—Si lo llego a saber, me traigo el auto-monocohete —gruñó Furient.

Georgia le observó:

—Seguramente aquí no hubiera funcionado.

Los seres luomp ya debían de estar advertidos de que los terrícolas trataban de escapar y lo hacían con sus armas por delante.

Consiguieron llegar a una amplia sala en la que se abrían innumerables puertas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Georgia.

—Veamos qué hay detrás de la primera puerta, pero hay que vigilar en torno.

La primera puerta con la que se enfrentaron se hallaba cerrada.

Furient disparó su fusil polivalente, destrozándola con el supraultrasonido.

—Es una rampa descendente.

—Sí, eso parece, pero no se ve a nadie. Veamos la otra.

Atravesaron la sala y con el supraultrasonido derribaron otra de las puertas.

—Esta rampa es ascendente. Por lo visto, a los luomp no les gustan las escaleras.

—¿Qué crees que podemos conseguir?

—No lo sé, pero en alguna parte ha de estar la pared que dé al exterior, al cosmos. Supongo que será una pared muy gruesa y si la perforamos armaremos una gorda.

—Esto es muy grande, Alvar, y tampoco sabemos la cantidad de seres luomp que existen aquí.

—Es cierto —admitió el hombre—, pero hay que intentar algo. O el ojo galáctico nos destruye a nosotros o nosotros le destruimos a él.

—¿Y si les pedimos una tregua?

—Quizás no sea mala idea.

—Habrá que encontrarlos antes.

—No creo que sea necesario.

—¿Cómo vas a dar con ellos? Ahora, después de haberles disparado, nos tendrán miedo.

—No es malo que se den cuenta de que no somos inofensivos.

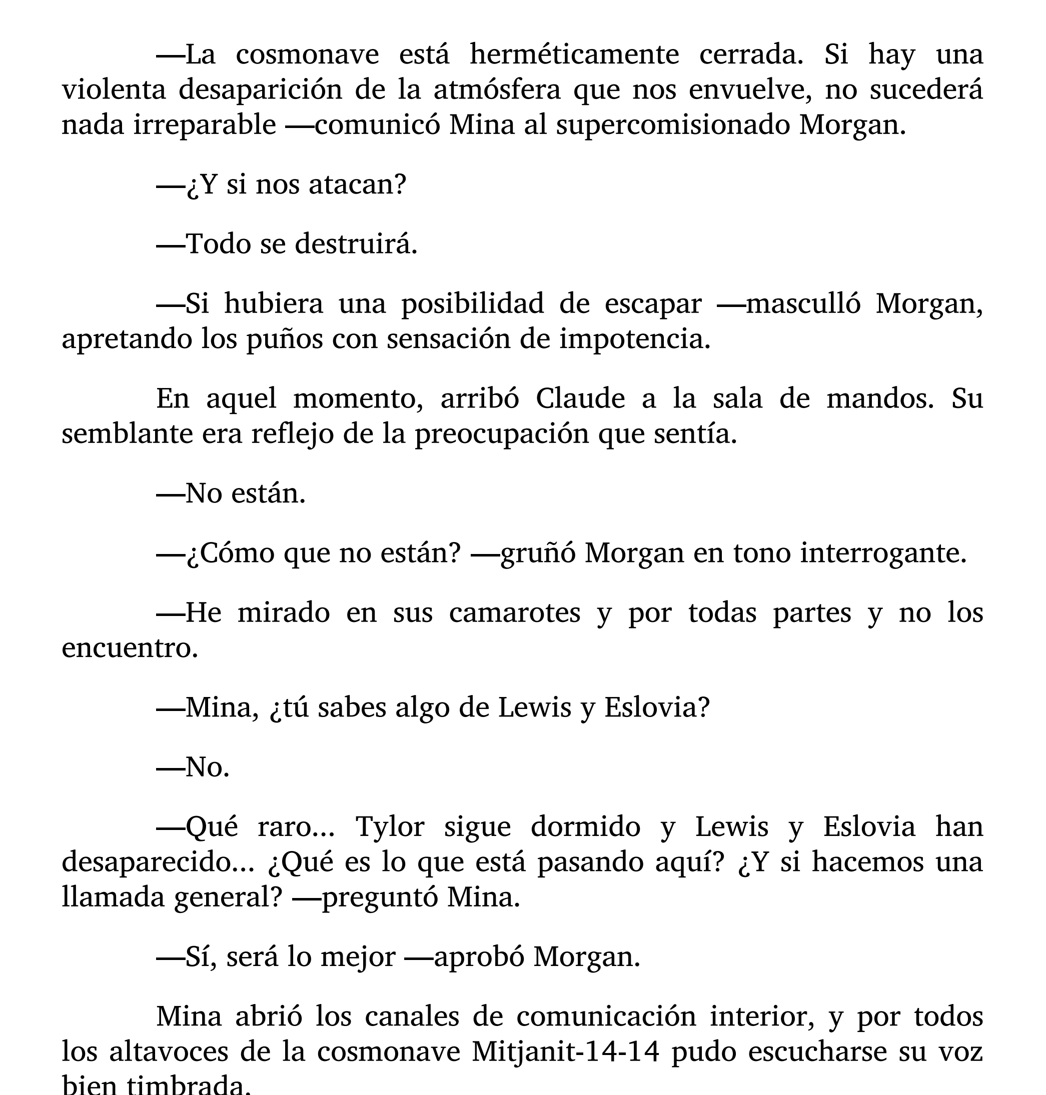
—Pueden atacarnos con armas que nosotros desconocemos totalmente.

—Puede ser, pero de momento, ya les hemos dado la sorpresa de romper la ratonera en la que nos habían metido.

Abrió el sistema de megafonía exterior, un diminuto pero potente altavoz acoplado al yelmo espacial que dejó escapar las palabras que Alvar Furient fue pronunciando:

—Llamo al emperador de los seres luomp, llamo al emperador de los seres luomp... Sé que me estáis oyendo. No os atacaremos, queremos pactar con vosotros, oídlo bien —dijo muy despacio para ser entendido mientras sus palabras, amplificadas por el sistema micromegafónico, se filtraban por los corredores hallando mil ecos en aquel extraño mundo que era el llamado ojo galáctico.

CAPÍTULO XV



—La cosmonave está herméticamente cerrada. Si hay una violenta desaparición de la atmósfera que nos envuelve, no sucederá nada irreparable —comunicó Mina al supercomisionado Morgan.

—¿Y si nos atacan?

—Todo se destruirá.

—Si hubiera una posibilidad de escapar —masculló Morgan, apretando los puños con sensación de impotencia.

En aquel momento, arribó Claude a la sala de mandos. Su semblante era reflejo de la preocupación que sentía.

—No están.

—¿Cómo que no están? —gruñó Morgan en tono interrogante.

—He mirado en sus camarotes y por todas partes y no los encuentro.

—Mina, ¿tú sabes algo de Lewis y Eslovia?

—No.

—Qué raro... Tylor sigue dormido y Lewis y Eslovia han desaparecido... ¿Qué es lo que está pasando aquí? ¿Y si hacemos una llamada general? —preguntó Mina.

—Sí, será lo mejor —aprobó Morgan.

Mina abrió los canales de comunicación interior, y por todos los altavoces de la cosmonave Mitjanit-14-14 pudo escucharse su voz bien timbrada.

—Eslovia, Lewis... Eslovia, Lewis... Cualquiera de los dos, se halle donde se halle, que se ponga inmediatamente en contacto con la sala de mandos. Repito, Eslovia y Lewis, que se pongan inmediatamente en contacto con la sala de mandos.

—¿Dónde diablos se habrán metido? —se preguntó Morgan, reiterativo.

—Era su turno de descanso. Quizá se han escondido en algún lugar para dormir —aventuró Mina.

—El mejor sitio para dormir son las literas de los camarotes —replicó el supercomisionado.

No hubo respuesta de Lewis ni Eslovia.

Para los cosmonautas que desconocían lo ocurrido en el lago del oasis, su silencio era un total enigma, pero lo que sí llegó fue la voz de Alvar Furient.

—Mina, ¿me oyes?

—Sí, Alvar, te oigo perfectamente. ¿Cómo estáis?

—Por ahora bien. Nos hemos metido por entre los corredores y salas de estos desconocidos seres Luomp. Es un mundo distinto al nuestro. No sé cómo terminará esto, pero pon en práctica el plan «Polifemo».

—¿Seguro que has dicho el plan «Polifemo»? —trató de confirmar ía eficaz Mina.

—Sí, Mina, repito: pon en práctica el plan «Polifemo».

—De acuerdo. Haced lo posible por regresar.

—Lo haremos. ¿Me escucha Claude?

Mina miró al interpelado. Este abrió su propio micro y respondió:

—Sí, te oigo.

—Concentra la artillería de grueso calibre en el horizonte, a veinte grados de altura, tomando como cero la línea del suelo.

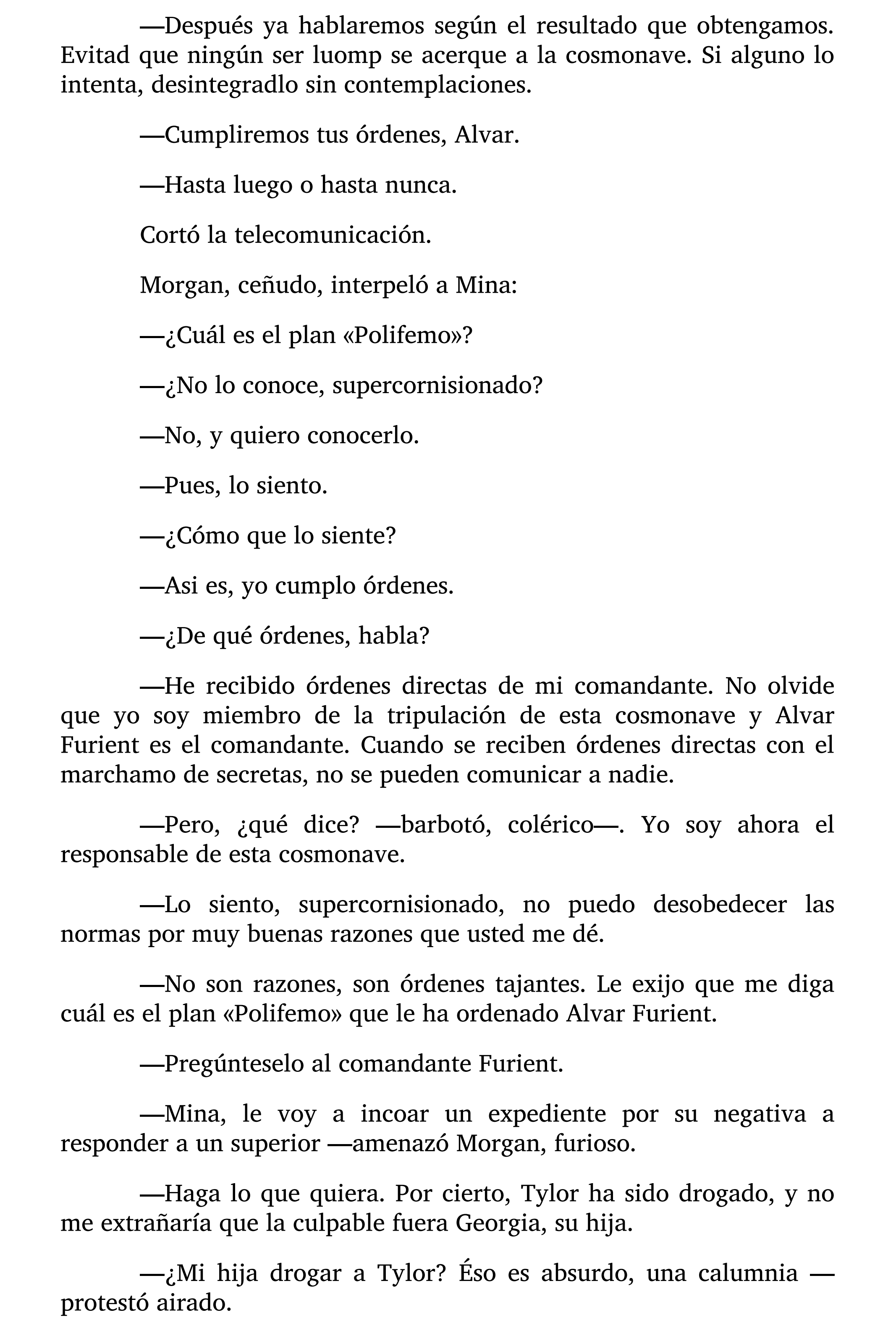
—¿Y hago fuego?

—Sí.

—¿Hasta cuándo?

—Dispara hasta abrir un boquete por el que tú creas que puede pasar la Mitjanit-14-14. Sigue disparando aunque veas un agujero, porque posiblemente tendrás que traspasar dos o tres paredes de gran resistencia.

—¿Y luego?



—Después ya hablaremos según el resultado que obtengamos. Evitad que ningún ser luomp se acerque a la cosmonave. Si alguno lo intenta, desintegradlo sin contemplaciones.

—Cumpliremos tus órdenes, Alvar.

—Hasta luego o hasta nunca.

Cortó la telecomunicación.

Morgan, ceñudo, interpeló a Mina:

—¿Cuál es el plan «Polifemo»?

—¿No lo conoce, supercornisionado?

—No, y quiero conocerlo.

—Pues, lo siento.

—¿Cómo que lo siente?

—Asi es, yo cumplo órdenes.

—¿De qué órdenes, habla?

—He recibido órdenes directas de mi comandante. No olvide que yo soy miembro de la tripulación de esta cosmonave y Alvar Furient es el comandante. Cuando se reciben órdenes directas con el marchamo de secretas, no se pueden comunicar a nadie.

—Pero, ¿qué dice? —barbotó, colérico—. Yo soy ahora el responsable de esta cosmonave.

—Lo siento, supercornisionado, no puedo desobedecer las normas por muy buenas razones que usted me dé.

—No son razones, son órdenes tajantes. Le exijo que me diga cuál es el plan «Polifemo» que le ha ordenado Alvar Furient.

—Pregúnteselo al comandante Furient.

—Mina, le voy a incoar un expediente por su negativa a responder a un superior —amenazó Morgan, furioso.

—Haga lo que quiera. Por cierto, Tylor ha sido drogado, y no me extrañaría que la culpable fuera Georgia, su hija.

—¿Mi hija drogar a Tylor? Éso es absurdo, una calumnia —protestó airado.

—No lo veo yo así, supercornisionado. Ella se ha enamorado del comandante Furient, y por eso quería ir con él aunque fuera al mismísimo infierno, como suele decirse, y por lo que parece, no se le ocurrió otra estratagema que drogar a Tylor para ocupar su puesto en la expedición.

—¡Imposible!

—Vaya a ver a Tylor y pregúntele qué es lo último que tomó y quién se lo dio. El chequeo ha dejado bien claro que Tylor ha ingerido una sustancia desconocida, inofensiva, pero narcotizante.

—Eso no es cierto y la acusaré a usted de calumnias.

—Ah, se me olvidaba, tengo la sospecha de que su hijo Lewis y Eslovia han abandonado la cosmonave incumpliendo órdenes y sin trajes espaciales de protección.

—No lo creo.

—No había querido hablar antes de ello, pero búsquelos y también los trajes espaciales, y verá como éstos sí los encuentra. Por cierto, alguien se ha dejado colocada la escalerilla de emergencia para bajar al suelo.

—Me está dando la impresión de que trata usted de amenazarme, Mina.

—Yo diría que es usted quien ha comenzado amenazándome a mí, supercomisionado; me ha obligado a responder.

—Sólo trataba de averiguar cuál es el plan «Polifemo» y por qué Furient no me ha hablado antes de él.

—Eso es cuenta del propio Furient. Mire.

Mina se enfrentó con el teclado de control, tecleó en él con rapidez y en la pantalla de recepción de datos aparecieron unas palabras escritas.

—Plan «Polifemo» en marcha.

—¿De modo que es automático?

—Sí. Una vez puesto en marcha, nadie puede detenerlo.

—Esto no me gusta, no me gusta nada —gruñó—. Moriremos todos, nadie escapará con vida. Y lo que es peor, quizá esos extraños seres se queden con todo el potencial de bombas termonucleares, pero

no será así. Yo me encargaré de que nadie se las pueda llevar.

Mina, viendo que el supercomisionado se alejaba con los puños prietos y temiendo una decisión tan trágica como irremediable, le llamó:

—¡Morgan, Morgan!

CAPÍTULO XVI

Al introducirse por un túnel y abrir una puerta disparando contra ella, se encontraron con algo no imaginado, algo que les espeluznó y les heló la sangre.

Montones de jaulas, cientos de ellas, bien alineadas, limpias y atendidas automáticamente, repletas de niños gordos, niños desnudos, niños de la especie terrícola y de otras especies pertenecientes a diferentes civilizaciones de toda la galaxia.

—Alvar, ¿ves eso?

—Quisiera equivocarme, pero esto parece una granja, un criadero de niños.

—¿Por qué, para qué?

—No lo sé, y creo que nos horrorizaremos bien cuando lo sepamos. Pero fíjate bien en sus caras.

—Están terriblemente gordos.

—Es más que eso.

—Es cierto, parecen cretinos.

—No lo parecen, lo son. Posiblemente, al nacer, sus cerebros son cretinizados artificialmente para que no piensen y se comporten como animales domésticos de granja.

—Hablas como si fuesen animales para el consumo.

—Proteínas para consumir, proteínas naturales.

—No es posible, sería demasiado horrible.

—¿Sería? Yo creo que lo es, Georgia. Recuerdo que aquel ser luomp dijo que ellos no tenían planeta, que fue destruido y si viajan por el espacio, en el ojo galáctico, que es como una especie de planetoide artificial, necesitan alimento, alimento que ya nadie puede suministrarles, y que deben criarse ellos mismos. ¿Y qué mejor que proteínas animales, si ellos son carnívoros?

—Pero son inteligentes —musitó Georgia, temblándole los

labios, como negándose a creer lo que Alvar le decía.

—Posiblemente utilizan vegetales y piensos extraños para el alimento de estos niños. No te fijaste que en el oasis no hay ninguna especie de animales.

—Es cierto.

—Seguramente porque ellos los han devorado todos. Sin duda alguna, son carnívoros, necesitan proteínas y nos convierten a nosotros en animales domésticos, como conejos o pollos.

—¿Y por qué la cretinización de todos?

—Para que no piensen, así se engordan mejor y al mismo tiempo no les causan problemas con sus fugas. Viven felices engordando para luego convertirse en alimento, lo mismo que hacemos nosotros en el planeta Tierra con otros animales inferiores.

—Es que nosotros no somos inferiores...

—Eso explícaselo a los luomp, que sin duda nos temen, pero por lo que deduzco, su idea fija es capturarnos vivos.

—¿Para alimentarse con nuestras carnes?

—Más bien pienso que para intentar que tengamos una reproducción acelerada, lo mismo que en nuestra civilización se hace con los animales de granja. Se extrae el esperma de los machos —dijo, sin dejar de caminar entre las jaulas de los niños cretinos y engordados— y luego se va inoculando adecuadamente a las hembras, que tratadas a su vez con fertilizantes sexuales, pueden llegar a parir siete u ocho crías cada seis mil horas.

—Es una barbaridad.

—Todo lo barbaridad que quieras, pero...

Entre los gemidos, llantos y risas de aquellos millares de niños cretinos y gordos, tan gordos que pesarían diez veces el peso adecuado para su edad, pudieron oír un grito de mujer.

—¿Has oido?

—Sí, vamos —apremió Alvar.

Llegaron al final de la sala. Fundieron otra puerta y pasaron a unas celdas mayores.

Allí se encontraron con seis luomp, que a su vez se los quedaron mirando, sorprendidos.

Alvar Furient no lo pensó dos veces y disparó contra ellos haciéndolos pedazos.

Georgia hizo lo propio, ayudándole en la tarea de exterminación de luomp.

—¡Alvar! —gritó la voz femenina.

—¡Georgia!

—¡Alvar, son Eslovia y Lewis!

En sendas jaulas, impecables y asépticas, estaban Lewis y Eslovia. Alvar abrió las puertas disparando contra la cerradura.

—¡Vamos afuera! —apremió.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó Georgia a su hermano.

—Ya te lo explicarán en otro momento. Ahora hay que seguir.

Vieron otras jaulas con seres humanos dentro y por su aspecto estaban ya idiotizados.

Abundaban las mujeres, no sólo de especie terrícola sino de otras civilizaciones planetarias.

El volumen de sus vientres desnudos era horripilante; sus cuerpos se habían degradado, perdiendo su forma natural para hincharse e hincharse.

—Vámonos, aquí nada se puede hacer.

—Aquí hay un agujero en la pared —señaló Lewis, que corría desnudo delante de ellos.

—Salgamos de aquí ahora mismo —exigió Alvar.

A lo lejos pudieron ver a Dorakis disparando contra las paredes, abriendo boquetes y más boquetes en el falso cielo.

—Dorakis, Dorakis, soy Alvar. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo.

—Retrocede hasta la lanzadera. Operación regreso.

—¿Qué hago con el cañón?

—Inutilízalo.

—De acuerdo.

Dorakis se apartó del cañón y lo destruyó con su polifusil.

—Pitroig, Pitroig, te llama el comandante Furient.

—No podrá responder —dijo Georgia—. No le quedaba energía.

—Sí, le quedaba poca pero suficiente.

—Aquí... Piiiitroiiiig... —contestó de forma muy lenta, como con las baterías gastadas.

—Pitroig, da la vuelta despacio y regresa a la lanzadera, repito, regresa a la lanzadera.

—Piiiitroiiiig, oooordeeeen recibiiiidaaaa... —siguió respondiendo con un debilitamiento muy acusado en su voz artificial.

—¿Podrás aguantar? —le preguntó Furient a Georgia.

—Sí, y más después de lo que he visto. Qué horrible convertirse en una hembra de cría reproductora artificial.

—En cinco años podrías tener de treinta y cinco a cuarenta hijos.

—Prefiero morirme ahora mismo —dijo ella.

Todos muy agotados, consiguieron arribar a la lanzadera. El último en llegar fue Pitroig, que parecía haberse recuperado en gran manera.

Alvar ordenó:

—Todos adentro.

Subieron a la lanzadera y con ella regresaron a la Mitjanit-14-14.

Cuando llegaron a su parte superior, entraron por la rampa descendente que se cerró automáticamente tras ellos.

—Sí, sí —dijeron Eslovia y Lewis, avergonzados por la situación en que se hallaban.

Por su parte, Furient corrió a la sala de mandos y allí se encontró con Morgan y Mina.

Georgia fue tras él.

—¿Qué es lo que ha sucedido al final?

—Hemos descubierto el secreto de los luomp.

—¿Y cuál es?

—Son una civilización errante. Se quedaron sin planeta y navegan por el espacio con esta macronave en forma de ojo, llamándose a sí mismos los vigilantes de la galaxia, pero están carentes de alimentos de toda índole, de proteínas exactamente, y al parecer son carnívoros insaciables. Capturan cosmonaves viajeras y las encierran en este oasis hasta que los capturados se relajan, salen de las naves y entonces son atrapados uno a uno sin ningún daño físico. No desean lastimar a sus víctimas en absoluto porque los necesitan para la reproducción intensiva. Esto Georgia os lo explicará mejor.

—Papá, pretenden que tengamos hijos como si fuéramos conejos de granja.

—Eso es horrible.

—Ellos tienen el sistema de anular energías, pero no han evolucionado nada con respecto a las armas ofensivas. Por eso, en cierto modo, nos tienen miedo y por eso tampoco se acercan a los planetas habitados para que no los destruyan. Son muy astutos, pero esta vez les ganaremos.

—¿Cómo? —quiso saber Morgan.

—Ahora lo verá.

Furient se sentó frente a los mandos.

Entonces abrió todos los canales de telecomunicación, incluido el de macro-megafonía exterior, y comenzó a hablar.

—Atención, atención, atención, emperador de los seres luomp... Os habla el comandante de la cosmonave terrícola. Os doy diez segundos para que dejéis de anular nuestros sistemas de energía, de lo contracontrario dispararemos nuestras poderosísimas armas hasta destruir vuestra cosmonave errante. Voy a repetir otra vez: tenéis diez segundos para dejar de anular nuestros sistemas de energía o destruiremos totalmente vuestra cosmonave a la que nosotros

llamamos El Ojo Galáctico.

—¡Alvar, Alvar! —gritó Mina, de pronto, llena de alegría.

—¿Qué pasa? —preguntó Morgan.

—La energía, la energía vuelve.

—¡Todos a sus puestos! —ordenó Alvar—. ¡Repito! ¡Todos a sus puestos!

Todas las luces rojas de la cosmonave Mitjanit-14-14 se encendieron, y Alvar Furient puso en marcha los motores cuando el falso cielo se abrió, desgajándose, y ante la vista de los terrícolas volvieron a aparecer las estrellas mientras toda la atmósfera artificial era succionada hacia el exterior de forma violenta.

—Aprovechemos la despresurización de esta magnífica trampa que es el oasis y en la que habíamos caído.

Alvar Furient dio potencia a los motores y ya sin la atmósfera artificial que había salido hacia el cosmos sideral, succionada por el vacío espacial, la cosmonave Mitjanit-i 4- 14 se elevó con suma facilidad sin encontrar a su paso problemas de rozamiento.

Saltó hacia las estrellas y se alejó.

Atrás dejaba el ojo galáctico, aquella trampa trágica en la que habían caído, pero de la que conseguían escapar gracias a la amenaza directa de destrucción lanzada por Alvar.

El supercomisionado Morgan suspiró.

—Al fin lejos del ojo galáctico… Por cierto, ¿quiere alguien decirme ahora cuál es el plan «Polifemo»?

Mina miró a Furient y éste explicó:

—El plan «Polifemo» consistía en descender al suelo, en terrándola en forma automatizada, una de las superbombas que llevamos a bordo.

—¿Una de las superbombas termonucleares? —interrogó Morgan, sobresaltado.

—Con la espoleta retardada. No se merecía menos ese maldito ojo galáctico.

Cuando Morgan miró por los ventanales, pudo ver cómo el ojo

galáctico, ya lejano, estallaba convirtiéndose en un diminuto sol ígneo.

Los luomp, los vagabundos de la galaxia que a sí mismos se llamaban los vigilantes y que carecían de planeta, acababan de desaparecer para siempre.

Ya no atraparían a más seres de otros mundos para consumirlos, empujados por su carácter de carnívoros.

—Le felicito, Furient. Lo ha hecho muy bien. Seguro que eso no se lo esperaban.

—Claro que no, Morgan. Ahora ya podemos seguir rumbo a nuestro objetivo, hacia los tres planetas helados, para colocar las superbombas en forma controlada y convertir sus hielos en agua, simplemente. Seguro que terminaremos consiguiendo que esos planetas helados sean aptos para la vida vegetal y animal.

—Sí, ésa es nuestra misión: deshelar tres planetas empleando las superbombas termonucleares. Sólo nos faltará una y creo que ha sido bien empleada. Jamás volveremos a encontrarnos con el ojo galáctico.

Furient puso el control de rumbo automático y fue en busca de Georgia.

La estrechó contra si, la besó en los labios y le preguntó:

—¿Vamos a mi camarote?

—¿Ahora? Ya no estamos a punto de morir...

—Yo diría que estamos a punto de vivir mucho y bien. ¿Qué te parece?

—Vamos.

FIN